YASMINA REZA

Adam Haberberg

Traducción de Gonzalo Garcés



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

ADAM HABERBERG

YASMINA REZA

Traducción de Gonzalo Garcés

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Título de la edición original:
Adam Haberberg

Edición en formato digital: octubre de 2023

© imagen de cubierta, Eva Mutter

© de la traducción, Gonzalo Garces, 2023

© Éditions Albin Michel y Yasmina Reza, 2023

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2023
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-1907-6

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Un día, el escritor Adam Haberberg se sienta frente a los avestruces en un banco del Jardín des Plantes y piensa ya está, he encontrado la posición del hospicio. Una posición espontánea, piensa, que uno solo encuentra cuando no la busca. Un buen día, uno se sienta y listo, está en la posición del hospicio. En esa posición se siente bien. Yo me siento bien porque soy joven, piensa, y no estoy obligado a mantener esta posición. En tiempos normales, Adam Haberberg se repondría, pero estos no son tiempos normales, un hombre que paga seis euros para caminar algunos metros a lo largo del Quai Saint-Bernard y vuelve para desmoronarse sobre el primer banco delante de los avestruces, en el lugar, sin duda, más feo y menos agradable del Jardín.

De modo que un día, frente a los avestruces del Jardín des Plantes, Adam Haberberg se sienta. Una lluvia invisible moja el banco. Los dos animales blandos y grises comen una especie de paja delante de su refugio, en un recinto completamente vacío. El móvil suena en el bolsillo. —¿Hola? —¿Has visto el tiempo que hace? Como para pegarse un tiro —dice la voz. —Bah, total… —¿Dónde estás? —En el Jardín des Plantes. —¿Qué haces en el Jardín des Plantes? —¿Y tú dónde estás? —En Lognes. En el parking de Eldorauto. —¿Qué cono haces en Lognes? —Espero a Martine. ¿Y el libro? —Un fiasco. —¿Nos vemos? —Ahora te llamo.

A la entrada de la construcción de ladrillo que alberga la zona de los grandes felinos, la palabra tienda, enorme, lo domina todo. Lo que me ha dicho el oftalmólogo, piensa, no ha sido tranquilizador. Tampoco se ha mostrado alarmista. Pero ¿acaso un oftalmólogo se muestra alarmista? ¿Acaso un oftalmólogo dice: señor Haberberg, no podemos descartar que dentro de un tiempo pierda usted la vista de su ojo izquierdo, querido señor Haberberg, quién nos dice que cuando salga usted de aquí podrá cruzar la calle como antes? No. El oftalmólogo dice: la segunda angiografía confirma el diagnóstico de trombosis subtotal de la vena central de la retina. Presenta más hemorragias que la primera…, lo cual es normal, porque es normal que el edema se agrave antes de empezar a reabsorberse. Le puede llevar entre seis meses y dos años estabilizarse, aunque puede agravarse, permanecer estacionario o mejorar. El oftalmólogo dice también: tiene usted suerte, señor Haberberg, pues ha conservado una buena visión de cerca, no ve olas y no ve las cosas deformadas. Y agrega: habrá que hacer también un estudio de campo visual, porque presenta una forma de fondo de ojo que puede sugerir un glaucoma, no es más que una sospecha, pero su pupila está ahondada y no tenemos derecho, comprende usted, a pasar por alto un comienzo.

Adam Haberberg tiene cuarenta y siete años. Demasiado joven, piensa, para ver parpadear las opacidades de la muerte. Había empezado con un centelleo, piensa, las cosas siempre empiezan con un centelleo, un zumbido, una picazón, con esas cosas casi imperceptibles, campanillas ligeras. Se había tapado el ojo derecho con la mano y había dicho a su mujer: veo turbio. Lo que nos faltaba, comentó ella. Veo borroso con el ojo izquierdo. Es una mota de polvo, se te pasará. A ella le importaba una mierda, ya había salido del cuarto, le importaba una mierda todo lo referido a él. La palabra trombosis, articulada con modestia algunos días más tarde, no había hecho más que irritarla. La palabra trombosis había barrido lo que podía quedar, en el corazón de Irene, de indulgencia o de comprensión.

Adam Haberberg piensa en Albert, que espera a Martine en el parking de Eldorauto en Lognes. Piensa en su mujer, piensa en su ojo. Piensa en el desastre de su libro. Piensa en ese

animal cuyos colmillos le sobresalen de la mandíbula, encorvado en un lugar del jardín entre dos arbustos redondeados. Solitario, ha leído en el cartel, habitante de los bosques montañosos de Asia. Solitario, ha pensado mientras miraba al animal sin cola que rumia mientras tiembla, sí, pero no de esta soledad, la soledad de lo plano, de lo que no tiene aire, de la hierba indiferente y del ruido de los coches: en la parte del mundo donde vives tú, marcada en rojo en el cartel, ves el cielo por los huecos de la sombra, yo nunca he escrito sobre las montañas, piensa. De los senderos, de los caminos que me gustan, no puedo hablar.

A Adam Haberberg ya no le gustaba su libro. Es más, le horrorizaba. ¿Era una treta de su orgullo? ¿Una tentativa más o menos honesta, reconocía él, de explicar el fiasco? Pero debía admitir que el libro, que antes (no hacía mucho) le había gustado de manera incierta, pero le había gustado a pesar o justo a causa de esa incertidumbre, de pronto ya no le gustaba y hasta lo rechazaba e incluso lo consideraba como una mierda más entre las inútiles mierdas que proliferaban, y ese sentimiento era sincero, salvo que no podía detectar cuándo había tomado forma, en qué fase del fiasco se había impuesto, ni tampoco si se trataba de clarividencia o de autopreservación. ¿Era el acontecimiento (el no-acontecimiento) en general, o un juicio particular? ¿Era una sentencia que habría podido parecer pertinente, o que emanaba de una voz considerada pertinente? Irene, que no había cuestionado la palabra fiasco, lo había acusado de dar crédito al fiasco social, de modo que el fiasco social se había convertido mentalmente en fiasco literario; ese deslizamiento, en la mente de Adam, del fiasco social al fiasco literario repugnaba a Irene, que solo veía en ello traición, cobardía y doblez. Théodore Onfray escribe que tu libro es una mierda y yo que soy tu mujer, se había quejado Irene, que te había dicho que era bueno, yo no tengo ninguna *vista*,[1] no valgo nada y mi opinión no vale nada. No menos radical se había mostrado Goncharki, para quien echar un vistazo a la columna de un Théodore Onfray era algo sobrenatural. Su amargura es repugnante, le había dicho Goncharki a Haberberg, y sus dudas lo son más aún, a usted le perturba ser rechazado por los mismos a los que repudia, está usted abiertamente desesperado. Lamento, había dicho, que no haya creído usted conveniente fingir, en mi presencia, un salvajismo que les habría permitido, a usted y a su libro, mantener cierta dignidad.

Como Goncharki y Théodore Onfray no tienen ni trombosis ni glaucoma —Adam tampoco cree en el glaucoma, por lo que a él respecta: ¿qué suerte se encarnizaría dos veces con el mismo tipo y el mismo órgano?—, ninguno de los dos está en condiciones, piensa Adam, de emitir un juicio pertinente sobre la marcha del mundo. ¿Por qué dejarse socavar la mente por esos dos pequeños camareros de bistró? Lo cual, por supuesto, es injusto con Goncharki, que es un auténtico desencantado. Lo del glaucoma, Adam no se lo cree. Admitamos la trombosis, piensa, no había previsto la trombosis, pero admitamos la trombosis. No voy a tener trombosis y además glaucoma. Yo, piensa con nostalgia, un habitual de las disfunciones, aunque se suponía que no eran serias.

Niños vestidos con anorak corren a lo largo de las rejas. Empieza a soplar el viento, que revuelve, en el recinto, las plumas de los gorriones y las palomas. La trombosis era un salto hacia la vejez. Después de la primera visita al oftalmólogo, Adam había buscado en el diccionario la definición de la palabra trombosis: formación de un coágulo en un vaso sanguíneo o en una cavidad del corazón en un ser viviente. ¿Por qué habían precisado: «en un ser viviente»? ¿Por qué, si no para subrayar la anormalidad y el peligro? Irène se había encogido de hombros. Estaba desbordada. Irène ya no lo quería. Él le reprochaba que ya no lo quisiera. A lo cual ella respondía que era un reproche sin fundamento, ya que nadie es culpable de haber dejado de querer. Él

reaccionaba airado a la frase y exclamaba lo ves, lo admites, ya no me quieres. Ella respondía hablo de manera general, no se puede acusar a alguien de haber dejado de querer. Él insistía: lo reconoces, con una frialdad horrible acabas de reconocer que ya no me quieres. Ella le acusaba de perversidad en la conversación, decía: me agobias porque te conviene. Él respondía: no te agobio, constato un hecho. Así iban la mayoría de sus intercambios. Irène era ingeniera en France-Télécom, por la mañana salía de casa a eso de las ocho y volvía agotada por la noche como muy pronto a las nueve. Él le reprochaba esos horarios de presidiario que lo convertían en niñera (tenían dos niños de cinco y ocho años), le reprochaba no padecer ninguna presión real, igual que todos sus amigos los funcionarios, le decía, si tan solo comprendieras la diferencia entre fatiga física y fatiga mental, le decía —y eso era una injusticia terrible, lo sabía, que Irène no intentaba corregir—, le decía tú vuelves a casa y puedes bajar el telón mientras que nosotros, entiéndase los artistas, seguimos obsesionados día y noche, no tenemos descanso.

Adam vuelve a llamar a Albert. —Por cierto, confirmado el diagnóstico de trombosis. —Mierda. —Trombosis subtotal de la vena central de la retina. —Mierda. —Estudios cardiovasculares con ecografía, balance de toda la coagulación, búsqueda de diabetes, colesterol, etcétera, no tengo nada salvo una anomalía genética. —Espera, que le abro a Martine. —La hiperhomocisteinemia. —¿Qué es? —Algo que da trombosis. También tienen que hacerme un campo visual, porque a lo mejor tengo glaucoma. —No te he oído. —A lo mejor tengo glaucoma. —¿Glaucoma? ¿Por qué vas a tener tú glaucoma? —El oftalmólogo dice que a lo mejor tengo glaucoma. —¿Además? —Además de la trombosis. —No vas a tener los dos. —¿Por qué no? —Bueno. ¿Cuándo nos vemos? —Dile a Martine que vaya idea eso de trabajar en Lognes. —Se lo diré. —Y aún peor en Eldorauto. —Estoy de acuerdo. —Dile que me presente al genio que inventó ese nombre. —OK. —¿Ha leído mi libro? —Va a leerlo. —Dile que tengo trombosis. —Hay un camión de Animalis que no me deja salir del parking.

Esa desgraciada de Martine no leerá nunca mi libro, gracias a Dios, qué sabrá ella de literatura, piensa Adam. Pero que al menos lo compre, será una venta más. No lo comprará, porque Albert le prestará su ejemplar. No hay esperanza por ninguna parte. La única diferencia entre el éxito y el fracaso, había dicho Goncharki, es el movimiento. Algo que funciona crea agitación. Escapas un poco a la pesadumbre de la vida.

Goncharki escribía desde hacía años una especie de ensayo con pretensiones metafísicas, inspirado en el destino del gángster Meyer Lansky. Adam, que también estaba fascinado con Lansky, había oído a Goncharki pronunciar ese nombre durante una cena. Con pocos se podía hablar de verdad sobre ese asunto y Goncharki lo había acogido amablemente entre sus acólitos del momento. La discusión había alzado el vuelo a partir de la idea de que valía más ser Meyer Lansky que cualquier otro. Habían empezado por sus congéneres, los escritores, después habían seguido con los políticos, los llamados pensadores, los jugadores de fútbol, los grandes empresarios, el Papa, y aun así seguía valiendo más ser Meyer Lansky. Al final resultaba que valía más ser Meyer Lansky que el resto de la humanidad. De ese convencimiento nació una relación, reforzada por una pasión compartida por el ajedrez (hasta que una pelea estúpida los privó de ese pasatiempo). Goncharki se fumaba dos paquetes de Gitanes al día y por la noche no podía dormir si no estaba completamente borracho. Por una curiosa cuestión de disciplina, justo él, que no tenía ninguna obligación de ser prudente con el alcohol, no empezaba a beber antes de las siete de la tarde, y entre las siete y la hora en que se arrastraba hasta las sábanas había ingerido tres litros de alcohol, incluida una botella de whisky. Goncharki, en otra época, había publicado dos novelas policiacas en la Serie Negra y un panfleto titulado *Zonas culturales*, cuyo

subtítulo era *Manual de supervivencia*. Su mujer había huido con su hija de seis años. Era dentista en Tours y cada mes transfería novecientos euros a su cuenta. Él escribía para series populares, *Blade* y *Brigada mundana*, y al final solo para *Brigada mundana*, pues había empezado a caerle mal Richard Blade, no se sabía por qué; de vez en cuando traducía del alemán textos políticos para el Consejo de Europa. Sobrevivía. ¿Por qué la trombosis no se había abatido sobre él? Por qué la sangre se coagula en *mi* ojo, piensa Adam, un hombre con una salud perfecta (las quejas cotidianas no tienen nada que ver con la salud). ¿Por qué soy yo quien se embarca en este horroroso proceso médico-hospitalario? ¿Por qué no Goncharki, que desde hace lustros conduce su cuerpo hacia la catástrofe, que tiene los ojos enrojecidos e inyectados en sangre y que no tiene nada más que perder? Yo solo tengo cuarenta y siete años, piensa, observando a través de las rejas la estúpida forma de caminar del avestruz —¿para qué sirve tener alas si no puedes volar siquiera un poco?—, soy joven, soy demasiado joven para que el mundo se apague. El oftalmólogo le había recetado Veinamitol, un venotónico en polvo, de administración oral, prescrito para el tratamiento de las hemorroides. Tomarlo no le hará mal, había dicho el profesor Guen cuando le consultó después de la primera angiografía, una frase que daba una impresión de fatalidad y de tristeza. Antes del Veinamitol le habían prescrito aspirinas, pero el Veinamitol había parecido más serio, a pesar de que se usaba principalmente para quitar las hemorroides, al parecer podía proporcionar elasticidad a los glóbulos rojos y fortalecer los vasos. Hasta la frase deplorable del profesor, Adam Haberberg había ingerido el Veinamitol con fe. Ahora tomaba sus dos sobrecitos sin entusiasmo e incluso con cierto resentimiento. De hecho, seguía tomando el Veinamitol para que no lo acusaran, si su caso se agravaba, de haber dejado el Veinamitol. Seguía tomando el Veinamitol por superstición. El profesor Guen había agregado al tratamiento dos comprimidos de Spéciafoldine al día. Pero la Spéciafoldine no tenía nada que ver con el Veinamitol, ni siquiera con la trombosis retinal en sí. La Spéciafoldine debía servir para corregir la anomalía genética llamada hiperhomocisteinemia. La Spéciafoldine debía, *dixit* Guen, paliar la carencia de ácido fólico, que podía provocar nuevas trombosis en otros sitios. Era un remedio *específico*. No se podía contar con él para tener un efecto estimulante en el plano psíquico. Adam está a punto de telefonear de nuevo a Albert. Ha olvidado mencionar el fin de semana en el Cotentin. Fue idea suya, el Cotentin. Había tenido la idea de pasar el fin de semana en el Cotentin porque de vez en cuando hay que tener ideas como esa. Uno decide que puede ser feliz, dos días no es nada, queda cerca, uno se dice que lo mínimo, realmente, para una familia es irse dos días a recoger conchas en Saint-Vaast-la-Hougue. En la primera gasolinera, Adam le había regalado al más pequeño una pistola de agua. Irène había censurado esa compra. Había confiscado la pistola para refugiarse luego en un silencio hostil. Al cabo de ochenta kilómetros, la felicidad se había evaporado. En la gasolinera las otras familias parecían felices, en los coches que se cruzaban las otras familias parecían felices. ¿Era tan grave el asunto de la pistola? Lo era: confirmaba —tal era el sentido del silencio de Irénela falta de coherencia general de Adam. Una pareja, había dicho Goncharki en un día inspirado, es como una casa. Durante cierto tiempo se va construyendo, los cimientos, las paredes, los techos, afianzas el tejado, aseguras las aberturas y después se acabó, no puedes mover nada más de su sitio. Se puede cambiar un poco la pintura, hacer algo de bricolaje aquí, allá, pero el grueso de la obra ya no se puede mover. Adam no telefonea de nuevo a Albert. Albert está con Martine. Si no estuviera Martine, Adam habría dicho: y se me olvidaba, fin de semana catastrófico en el Cotentin. Y habría colgado. Sin Martine, la frase se sostenía. Sin Martine, Albert habría devuelto la llamada: nunca me gustó el Cotentin, recomiendo cortar con eso. Y habría colgado. Sin Martine, habría existido ese

intercambio vital. Albert tiene a Martine, piensa Adam, que le hace masajes en los pies y le prepara mollejas de ternera, yo tengo a Irène que me odia. ¿Quieres una mujer que te haga masajes en los pies y te prepare mollejas de ternera?, piensa, ponderando la agresividad del muro de ladrillos de la zona de los grandes felinos. Adam admite el error de la pistola de agua. La pistola de agua era abrir la puerta a la locura en el coche. Pero la locura en el coche era mejor que el silencio de muerte, de todas maneras la locura no había tardado en reinar ahí detrás y pronto también delante, ya que nadie puede soportar al mismo tiempo los gritos y las peleas absurdas y la absurda voluntad de no reaccionar, y él a su vez vociferó de manera absurda cuando el mayor lloriqueó: mira lo que ha hecho, papá, ha dejado migas por todo el coche, ¿y si jugamos a escupir?, había dicho el pequeño, es asqueroso, había gritado el mayor mientras le pegaba al pequeño, me escupe encima, Adam había aullado: voy a ciento sesenta y está lloviendo, coño, si no paráis nos vamos a estrellar. La locura había reinado en el coche aunque la pistola de agua estaba guardada en el bolso de Irene, que se obstinaba en mirar en silencio el paisaje de almacenes, carteles publicitarios y chapas corrugadas, con la nuca más rígida de lo normal. Por qué no podía decir simplemente: guardaré la pistola de los niños en mi bolso, os la daré cuando lleguemos a la playa de Saint-Vaast-la-Hougue, y decirlo con voz amable y hasta algo cómplice, una voz que estaría diciendo: papá es terrible. Pero la voz amable ya no existe. En el reino de la pareja ya no hay voz amable y sin memoria. Adam piensa de nuevo en la analogía pareja-casa, una analogía idiota como todas las analogías, qué puede saber Goncharki de parejas, un borracho no puede emitir teorías acerca de nada, aunque nadie es más aficionado a las teorías que los borrachos. El avestruz, al parecer, acaba de leerlo, es un gran seductor. El avestruz macho tiene un harén que reúne, al parecer, tras haberse entregado a un irresistible desfile nupcial. Y vosotros, pobres animales, piensa Adam, mirando a la pareja que está sola detrás de las rejas, ¿hacéis de vez en cuando un desfile enloquecido, vosotros, pobres animales que tembláis bajo la llovizna en el recinto de cemento? Irène habría querido vivir a la sombra de un hombre. Una vida exitosa, para Irène, habría consistido en subordinar la suya al éxito de un hombre. Ese habría sido el sueño de Irène, ser la mujerflorero de un hombre poderoso. Ser la mujer de un escritor maldito era, para Irène, el peor escenario posible. Antes de que él fuera un maldito, Irène lo había apoyado con todas sus fuerzas, lo había estimulado, animado, había alardeado de su excelencia por todas partes y, piensa Adam, había creído de verdad en su excelencia. ¿Podía retractarse? ¿Podía aceptar el veredicto social sin renegar de sí misma? Sobre todo porque el veredicto social no se produce de una sola vez sino paulatinamente. El veredicto social es pernicioso. El primer libro había tenido una acogida más bien favorable. La demolición del segundo había sido radical. El último había sido ignorado por todos, salvo por Théodore Onfray, que había recordado, con una nota de escepticismo, cómo el primero había sido elogiado milagrosamente. Irène había caído en una trampa, tenía que solidarizarse con el poeta maldito contra el mundo. Ella, cuyo sueño más íntimo era sacrificarse por un hombre. Sacrificarse por un hombre reconocido habría sido para Irène un logro, de hecho nunca habría dicho *sacrificarse*, puesto que no habría sacrificado más que su faceta más social, la más inútil. En vez de eso, había tenido que resignarse al destino que le deparaban unos estudios elegidos al azar. Después de la Escuela Nacional de Telecomunicaciones y de algunos años de experiencia profesional, había hecho, embarazada de su primer hijo, un máster en sistemas de radiocomunicación espacial, y hoy trabajaba como jefa de proyecto en la oficina de Investigación y Desarrollo de France-Télécom, en Issy-les-Moulineaux. La carrera brillante, piensa Adam en su banco, como una frase muchas veces pensada y muchas veces formulada, era ella, Irène Haberberg, quien la había

tenido.

—Por cierto, ¿y Saint-Vaast-la-Hougue? —dice la voz de Albert, que acaba de llamar de nuevo. —Una catástrofe. —Pues claro. —¿Dónde está Martine? —Ha ido al supermercado. —¿Estás en la calle? —Sí. —No tienes nada que hacer. —¿Cómo que no tengo nada que hacer? ¿Y tú qué? ¿Al menos comiste ostras? —¿Sabes que son las mejores de todo el norte de la costa atlántica? —¿Quién te ha dicho eso? —Mi amigo de Cherburgo. —Las mejores son las de Cancale. —Saint-Vaast-la-Hougue. —Cancale o MarennesOléron. —¡Oléron queda en Charentes! —Las mejores son las de Cancale u Oléron, ya se sabe. —Bueno, me estás agotando la paciencia, chao.

Una mujer sale de la tienda. En lo alto de las escaleras de la zona de los grandes felinos, una mujer ha salido de la tienda. Apoya sus dos bolsas y abre un paraguas automático. Adam la mira bajando las escaleras y se diría que al bajar las escaleras ella lo mira también. Adam se repliega hacia los avestruces. Se diría, piensa mientras fija la vista en los avestruces, que viene hacia mí. La mira de reojo. Ella va hacia él. Una mujer a punto de sonreír, cargada con dos bolsas y un paraguas, se acerca a él. Marie-Thérèse Lyoc, piensa Adam, Marie-Thérèse Lyoc. Y enseguida piensa: no, que no sea Marie-Thérèse Lyoc, no aquí, no hoy. Y piensa: pero va a ser que sí, porque así es la fatalidad.

—¿Me reconoces?

Ella está ahí parada, no puede creérselo, está llena de energía. —Marie-Thérèse Lyoc.

No se puede decir que sea fea, piensa Adam. Ni se podía decir que fuera fea hace treinta años, ni tampoco hoy, piensa, en aquel entonces podía decirse, igual que ahora, que era insignificante, aunque en aquel entonces, piensa, a nadie se le habría ocurrido calificarla, si lo piensa hoy es porque Marie-Thérèse, al surgir de la nada, al tomar forma de acontecimiento en medio de un día dedicado a la petrificación y a los pensamientos sombríos, bruscamente se ha convertido en alguien.

—Es genial —ríe ella.

—Sí.

Hay un silencio. Y después una súbita ráfaga orienta todo hacia el pino de Crimea, incluido el paraguas, que queda del revés. Adam se levanta para ayudarla, intenta volver a colocar en posición correcta las varillas, Marie-Thérèse ríe a merced del viento, luchando con la tela, dice —pero él no oye bien—: ¡Ya ves que no he cambiado, soy la torpeza en persona!

—No lo necesitas, ya no llueve —dice Adam.

El paraguas recupera su forma y el viento se queda sin aliento.

—Sí, sí. Ya sabes que nunca uso paraguas. En general uso un gorrito. Y el día que olvido mi gorrito, sopla un viento infernal, ando con todo el pelo en la cara y me cruzo con Adam Haberberg.

Te cruzas con Adam Haberberg, calvo, barrigón, dentro de poco ciego de un ojo, Dios mío, piensa, cómo nos arruina el tiempo.

—Entonces, Marie-Thérèse —dice como sobresaltado—, ¿qué hay de nuevo, Marie-Thérèse, desde que te vi hace mil años?

—¿Quieres una noticia fresca? Ha llegado la hora de ponerse gafas. Ya está, desde esta mañana.

—¿Qué tipo de gafas?

—Gafas de presbicia. Ya está. ¿Tú usas gafas?

—No.

—Lo que me molesta es que todavía puedo funcionar sin ellas —ha secado el banco húmedo con un pañuelo de papel y se ha sentado junto a Adam—, puedo leerlo todo, comprendes, me duele un poco la cabeza, cada tanto arrugo la frente, pero puedo leerlo todo, me da la impresión de que apenas empiece a usar las gafas la cosa se va a agravar a lo bestia. El oftalmólogo me dijo que no, pero ya sabemos que la gente que empieza a usar gafas al cabo de un año no descifra la carta de un restaurante.

—Es cierto…

—Me dirás: bueno, nos pasa a todos.

—Pues sí.

—¿Y tú qué?

—Pues…

—¿Estás casado? ¿Tienes hijos?

—Las dos cosas.

—¿Y a qué te dedicas?

—Escribo.

—¿Libros?

—Sí…

—Genial.

—Sí…

—¿Y te va bien?

—Me va bien —dice, mientras piensa qué vulgaridad.

—Genial.

—¿Y a ti cómo te va? ¿Qué haces ahora? —mientras piensa: ¿he sabido alguna vez a qué diablos se dedicaba? ¿Supe alguna vez que existía?

—Vendo productos de merchandising.

Después de la trombosis, el fracaso del libro y el fin de semana en el Cotentin, ¿hacía falta Marie-Thérèse Lyoc? Después de la lluvia, el viento, la ausencia de futuro y el pobre animal de los bosques de Asia, después de los esfuerzos considerables para mantenerme a flote, ¿hacía falta Marie-Thérèse Lyoc, que vende productos de merchandising? Marie-Thérèse abre su bolsa más grande.

—Trabajo con zoológicos, con parques de atracciones y museos, bueno, ahora estamos en un zoológico, así que todo está personalizado en función de los animales, tengo miniimanes, imanes tradicionales, imanes de palabras, linternas de bolsillo, mira, la regla irrompible, para esta ocasión hemos hecho una jirafa pero para Giverny hubiera sido un cuadro de Claude Monet, un boli, lo mismo, cada sitio con un *imprint* diferente, todo tipo de lápices con cabezas, aquí tienes el loro, el oso, antes hacíamos animalitos pero ya no, eso lo compran en Asia.

Adam enciende la linterna de bolsillo, dobla la regla irrompible, contempla la goma, la libretita, el llavero, parece interesarle la lata de miniimanes, ella dice te la regalo, dice ¿cuántos hijos tienes?, él dice dos, ella dice hombre, te regalo dos, y dos marcapáginas, el gato y la rana, dice tú eres escritor, ¿quieres un boli?, toma, Gustav Klimt, eso te vendrá bien, Adam prueba el boli en el aire, lo siente desagradable en los dedos pero dice estupendo, Marie-Thérèse dice con orgullo: la tienda no existía, un día vine a ver a los animales, conocí al responsable de comunicación pero no había ningún lugar donde comprar productos, lo perseguí durante meses y así fue como nació la tienda, Adam dice genial. Ella cierra su bolsa de muestras, que es como un cajón de juguetes, el mundo ha cambiado en pocos minutos, piensa él, las gafas, la goma, el loro,

se mete en los bolsillos los miniimanes, los marcapáginas, el boli, el mundo lenitivo de Marie-Thérèse Lyoc, se siente como un enfermo que mira de lejos a la gente en la acera y envidia al simple viandante.

—¿Y qué hacías aquí?

—Nada. Miraba a los avestruces.

—Pues yo hace meses que vengo y nunca me había fijado en los avestruces.

—¿Ah, no?

Marie-Thérèse sonríe al vacío. No parece que la haga sufrir este intercambio inconexo. Él la mira, no encuentra realmente nada que decir, así que sonríe también y ella se ilumina, y Adam Haberberg siente que lo invade la angustia. Dice: tengo menos pelo, ¿verdad? Un poco menos, dice ella. Un poco mucho. Un poquito, pero te queda bien. Tengo que levantarme y marcharme de aquí, piensa él. Tengo que levantarme y decirle adiós, buena suerte, Marie-Thérèse. Dice: utilicé diversas lociones, me esforcé muchísimo, pero ya ves. Ella se ríe como una tonta: ¡cómo os complicáis! Él la recuerda, le parece verla en un pasillo del colegio Paul—Langevin, en una época desaparecida, en un pasillo al que nunca más irá, llevando su pichi, llevando día tras día ese mismo vestido a cuadros, recuerda, Marie-Thérèse Lyoc, la chica sin rostro que uno tiene en su clase durante años, y con quien uno termina por cruzarse en la calle o compartir un bus. Una noche te la encuentras en el café porque Alice Canella, que la tiene de esclava, dice: ¿podéis hacerle un sitio a Marie-Thérèse? Así que se le hace un sitio a Marie-Thérèse, que no tiene existencia alguna, que no es ni morena ni rubia ni nada. Ella dice: ¿qué tipo de libros escribes?

—Literatura de quiosco.

—¿Qué es eso?

—Series populares.

Eso es lo que hará a partir de ahora, piensa, pensando en sí mismo como si fuera un personaje que escapa a su control. Y es tan fácil decirlo, piensa, hago libros de aeropuerto, como quien dice fabrico artículos de pasamanería, es rotundo, es sincero. Es anónimo. Marie-Thérèse dice: ¿qué son las series populares?

—Series, ya sabes. ¿Bob Morane? ¿Los Cinco? ¿Te acuerdas?

—¡Ah, sí, los Cinco!

—¿Francis Copian, OSS 117?

—Vagamente.

—Son series.

—Ya veo.

—Ya ves.

Un niño pasa con su madre por un sendero desierto. Uno de los dos avestruces se yergue e hincha todo su plumaje. ¡Mira!, grita el niño, ¡ha hecho caca! Pues sí, ya ves, dice la madre. El suelo del corral está lleno de charcos, los pájaros los rodean, todo es gris. En uno de los primeros *Blade*, recuerda Adam, Goncharki había escrito la palabra metralleta. No se dice metralleta, se había indignado el editor, se dice ametralladora o subfusil, se dirige usted a personas que van a leer esto en el tren, en el viaje de regreso al cuartel. La gente que me lee, había dicho Goncharki, el tipo en el andén de la estación, el tipo solo en su habitación de provincias, todos los tipos solos.

—¿Y Alice Canella? —dice Adam. Habría querido no decir nunca: ¿y Alice Canella? Es más, es lo último que habría querido decir. Por suerte suena el móvil.

—Riec-sur-Belon. —¿Y eso a qué coño viene? —Ouistreham. —Saint-Vaast-la-Hougue. —

Nadie conoce eso. —¿Cómo lo sabes? —Martine le ha preguntado al pescadero. —Dile que el pescadero es un gilí pollas. —¿Sigues en el Jardín des Plantes? —Sí… Con una amiga. —¿Citas a la gente en el Jardín des Plantes? —No era una cita. ¿Dónde está Martine? —Ha ¡do a la tintorería. ¿Acabas de ligártela? —No. —¿Guapa? —No. —¿Follable? —Para ti, sí. —Preséntamela. —Tú tienes a Martine. —Nada que ver. —Bueno, luego te llamo.

No repitas tu pregunta, piensa, no digas: ¿y a Alice Canella la has vuelto a ver?

—¿Y a Alice Canella la has vuelto a ver?

—¿No te enteraste?

—¿Enterarme de qué?

—Alice murió.

Sobre la entrada del edificio hay una especie de bajorrelieve soviético. Desde donde está, Adam ve a una mujer que tira de un ciervo colgado de un palo por las patas. Alice Canella está muerta.

—¿Cuándo?

—Hace veinte años.

Le parece oír el ruido de una fuente a su derecha. Habrá que ver, piensa, si de verdad hay una fuente detrás de los arbustos.

—Se tiró por la ventana.

Marie-Thérèse Lyoc junta sus piernas suavemente. Está apoyada sobre su bolsa de muestras y soporta el viento húmedo sin moverse. Marie-Thérèse no se atreve a decir nada más. Pero al final añade que se drogaba mucho, que se abandonó y engordó.

—¿Alice gorda?

—Sí. Gorda de verdad.

En la habitación de la sirvienta, piensa Adam, Alice Canella bailaba con su largo pelo rubio y sus piernas esbeltas, escuchaban «Little Wing» sin parar, ella bailaba con «You Got Me Floatin'» delante de los chicos que fumaban en la cama, éramos los reyes del futuro.

—No puedo imaginármela gorda.

—Pues sí.

—Marie-Thérèse.

—¿Sí?

Se lleva la mano al ojo izquierdo. Siente que las cosas acaban de empeorar de golpe detrás del ojo. Siente como un remolino, una extravasación generalizada —ha retenido la palabra—, provocada, piensa, por la ruptura de los vasos colaterales que habría debido hacer que le revisaran, se reprocha, y quemar con láser, ya que le habían advertido con toda claridad que esa red circulatoria temporal sería de mala calidad y que no había que contar con ella para soportar las incandescencias de la vida, ni sus tinieblas, ni la vida a secas. ¿Estás bien?, dice Marie-Thérèse. Él retira su mano y fija la mirada en uno de los avestruces. Tiene una cabeza oscilante, un largo cuello fino y una cabeza minúscula con relación al cuerpo, lo ve con toda claridad, advierte, con tanta claridad como antes, saca del bolsillo el boli, que ve con toda claridad, y el marcapáginas de rana, los ve con toda claridad, con tanta claridad como antes, si no fuera por la irrealidad que envuelve al día entero. La perturbación no tiene aún consecuencias físicas. Se adaptará si hace falta a las sacudidas internas, siempre que no perturben el orden de los sentidos, siempre que todo siga funcionando.

—Estoy bien, sí, dice él.

—¿Qué haces ahora?

—¿Ahora?

—Ahora mismo. No vamos a quedarnos aquí.

¿Cómo que no vamos a quedarnos aquí? ¿Podía prever una frase más extravagante?

—Me voy a casa, te invito si estás libre.

—¿Dónde vives?

—En Viry-Chatillon.

—¿Por dónde cae?

—Después de Orly, hacia el sur.

Adam piensa de nuevo en Albert esperando en el parking de Eldorauto en Lognes. ¿Por qué permanece peligrosamente silencioso? Hay mil maneras de esquivar Viry-Châtillon. Debe de estar realmente mal para plantearse siquiera la propuesta de ir a Viry-Châtillon.

—¿Vives sola?

—Sí.

Por otro lado, piensa, ¿cuál es la alternativa a Viry-Châtillon? Los niños delante de los dibujos animados, tirados en el suelo repleto de restos de chocolate Kinder-délice y de bizcochos Napolitain, la lucha para cambiar de canal, el comienzo del telediario que apenas se oye por los gritos, los gritos de Irène en cuanto llegue porque los niños no estarán acostados, porque no tendrán ni zapatillas ni albornoz, el agotamiento de Irène, la lucha para que se laven los dientes, la lucha para acostarlos, la lección de maternidad de Irène que le demostrará que lleva una vida heroica en solitario y solo hablará de cuestiones domésticas. Alice Canella ha muerto. Alice Canella engordó y se tiró por la ventana. ¿Entonces, sí?, dice Marie-Thérèse.

—¿Por qué no?

—Genial.

Se levanta.

—Tengo ahí mi Jeep.

—¿Tienes un Jeep?

—El Wrangler pequeño.

Señala un Jeep negro en el parking. Marie-Thérèse Lyoc tiene un Jeep.

—¿Te dejan utilizar el parking?

—Ah, sí —dice ella—, es un privilegio de mi trabajo. Yo entro en coche hasta en Versalles. En verano incluso me han hecho alguna foto: ven a una chica con gafas oscuras y un coche como el mío pasando por la puerta real y los japoneses se dicen mira, seguro que es alguien importante.

Sí que hay una fuente detrás de los arbustos. Una fuente escondida, dominada por un león viejo, color cardenillo. Debería telefonear a casa, piensa Adam. Se aleja del ruido del agua para llamar a la niñera. Tiene frío. Empieza a atardecer. En el Jeep, Marie-Thérèse dice: trece litros y medio cada cien kilómetros es bastante, pero es correcto para una cilindrada grande, el interior es totalmente lavable, puedes echarle agua con una manguera, la primera vez resulta extraño, siempre me gustaron los 4 × 4, yo no lo pongo en modo 4 × 4, pero me siento segura, me paso la vida conduciendo. Adam se siente bien en el Jeep. Está contento de sentarse en alto y contento de dejarse llevar. Irène nunca coge el volante cuando están juntos. Está contento de estar solo en el mundo, en dirección a Viry-Châtillon. La familia, un hacha, una noche sin luna, yo me encargo, había pensado en el coche camino al Cotentin. Irène había permanecido muda hasta Caen. El mayor quería escuchar «Les loups sont entres dans Paris» por vigesimoquinta vez. Papá, dijo el pequeño, ¿es una canción de Madonna? Este crío es subnormal, es Serge Reggiani, ¿no te das cuenta de que canta un hombre? Escuchad, niños, «Sonata n.° 5 en fa menor», no hay

nada más hermoso en el mundo. Normalmente elijo la autopista, dice Marie-Thérèse, pero ahora vamos a tomar la nacional 20 porque tengo que hacer una compra en Sceaux. A esta hora no se tarda mucho más. ¡«Les loups», ahora mismo! Niños, disfrutad del silencio y mirad el castillo, que pronto ya no lo veréis. ¿Cuándo vamos a llegar al sitio divertido, donde podamos comprar una Pokéball? ¿Queréis que os cuente una parte de *Halloween*? La chica se está peinando y llega su hermano con un cuchillo escondido. Me importa una mierda, me importan una mierda vuestras mierdas de Pokéball y *Halloween*, estoy escuchando a Bach, que me tranquiliza acerca de la existencia de una humanidad superior. Y por vuestra culpa me habré comido dieciséis caramelos de regaliz con vainilla, que dicen que hay que comer una cada dos días. Toman el Boulevard de l'Hôpital. Delante de la Salpêtrière, Adam piensa en su primer editor, el único hombre que alguna vez creyó en él. No es poca cosa en la vida que haya un hombre que crea en ti. Eso te da solidez y coraje. Adam se acuerda de él, despeinado, los injertos al viento, la bata abierta sobre los calzoncillos blancos, con esa bata de hospital solo puedes conversar de pie, de frente o sentado a lo indio, si no estás jodido. En su habitación del servicio de cardiología de la Pitié-Salpêtrière, en algún lugar en el fondo de esos edificios, decía: amigos, todo va bien, según los matasanos, cuando finalice la semana me vuelvo a París. Usted nunca volvió a París y yo voy en coche quién sabe adonde. Mire en qué me he convertido: ¿era esta su idea? Un hombre que cree en sí mismo se mantiene a flote. Adam piensa en su editor muerto. Morir lo había hecho ganar peso. Los empleados de las pompas fúnebres le habían puesto una chaqueta nueva elegida por su mujer. Parecía pesado. Pesado en su cama, absurdamente endomingado con zapatos brillantes. ¿Hay que vestirse?, piensa Adam. ¿Quién me vestirá? Con un poco de suerte, todavía podrías ser tú, Irène. Porque nosotros no haremos nada, la gente no se va, se queda empantanada en el tedio y la demencia. Marie-Thérèse ha parado en un semáforo. Los limpias gimen sobre el parabrisas, cae la noche, no se sabe si la lluvia sigue o no. ¿Cómo se llega a ese peinado?, piensa Adam, notando al lado la presencia de una mujer que conduce un coche rojo. ¿Se sienta una y dice quiero el peinado de Juana de Arco? ¿Y eres conocido? ¿Como escritor? Perdona que te lo pregunte, dice Marie-Thérèse, nunca me entero de nada. Marie-Thérèse, en esta época, pero eso ya lo sabes, como lo demuestra tristemente tu pregunta, la peor calamidad es no ser nadie. En consecuencia, prosigue Adam, sin saber de dónde le sale, en la Place d'Italie, ese tono asombroso, todo el mundo produce libros que siguen siendo la fórmula menos arriesgada para pasar de la nada a la luz. El renombre a través de la literatura es hoy la aspiración más extendida, un nuevo reflejo social, ¿comprendes? Algunos tienen éxito, otros fracasan, yo personalmente he fracasado. Soy un fracasado. Marie-Thérèse dobla a la derecha. Bajan por la Avenue de l'Italie. Adam mira los carteles publicitarios como si atravesara una ciudad extranjera. Registra la palabra *Naturalia*. Marie-Thérèse conduce el Jeep en silencio —se nota que le gusta conducir el Jeep— y después dice: ¿en qué has fracasado? Vuelve hacia él una cara afligida. Adam divisa al fondo, envuelto en un halo, el estadio Charléty. Marie-Thérèse aprieta botones. Adam acepta la niebla. Caminábamos por esta calle de Suresnes, y Alice Canella se paró y dijo: eres mi mejor amigo. Si ella lo hubiera querido, yo le habría dado mi tiempo, mis sueños, mi vida. ¿En qué has fracasado?, pregunta Marie-Thérèse. Y él se oye a sí mismo contestar: en nada que valiera la pena, tal vez.

—Qué extraña manera de hablar. Todavía somos jóvenes, dice Marie-Thérèse.

—No lo creo.

—Todavía no tenemos ni cincuenta años.

Es urgente, piensa Adam, que salte fuera de aquí y escape entre los coches. En vez de eso,

saca una libretita del bolsillo y anota con el boli de Gustav Klimt la frase de Marie-Thérèse. Después dice: ¿adonde van los animales del zoológico por la noche? ¿Los meten adentro?

—¿Por qué harían eso? En la naturaleza, se quedan al aire libre.

—No están en la naturaleza.

Le parece ver de nuevo al animal solitario de los bosques de Asia, en su corral miserable, se siente cerca del animal postrado. Con un poco de suerte, la bruma habrá envuelto tu corral miserable, el ruido de los coches del Quai Saint-Bernard es como un gruñido lejano. En la montaña uno puede subir más arriba que la bruma, piensa, en la montaña uno alcanza las nubes y a cada paso el paisaje cambia, y también la luz y los olores, y la fatiga y la felicidad, que no pertenecen al tiempo, porque estas cosas están fuera del tiempo, piensa, detenido en el Boulevard Kellermann. Nunca he escrito acerca de la montaña. De los senderos, de los caminos que me gustan, no puedo hablar. ¿Y eso de las series populares?, pregunta Marie-Thérèse.

—No soy yo el que escribe series populares. Es un amigo.

—Ah.

—Se llama Jeffrey Lord. Escribe una media de dos libros al año.

—Es mucho.

—Sí. Por eso lo ayudo de vez en cuando. Escribo uno o dos en su lugar.

—Ah, bueno.

Adam relee en su Iibretita la frase de Marie-Thérèse: *Todavía no tenemos ni cincuenta años*. Ha rodeado con un círculo el *tenemos*. Y lo rodea de nuevo. Adam desterró su último libro. Queriendo cortar todo lazo con sus pasiones personales —porque no quería ceder a esta moda abyecta de la autobiografía—, había cortado todo lazo consigo mismo, se decía. Había pensado demasiado, ensayado demasiadas combinaciones, reflexionado demasiado sobre la literatura. El verdadero escritor no reflexiona sobre la literatura. Al verdadero escritor le importa un bledo la literatura. El había querido sobresalir, lo cual es otra forma de exponer el propio yo en la plaza pública. Lo sabía: le había faltado humildad. El resultado era el relato de una relación de madre e hija, escrito en tercera persona y desde el punto de vista de la madre. Dos errores fatales en lo que le concernía. Y qué error, piensa, concluir que Théodore Onfray tenía malas intenciones. Quizá sea tu único amigo, el único que se tomó el trabajo de leerte y sacar las conclusiones pertinentes, el único que deploró tus artificios y tu debilidad. Adam no le había mentido del todo a Marie-Thérèse Lyoc. Goncharki había empezado a detestar a Richard Blade, el viajero interdimensional que le daba de comer. Presionado, acosado por su editor, según sus propias palabras, e incapaz de entregar un título en el plazo exigido, a modo de juego le había propuesto a Adam escribirlo en su lugar. Después de dos semanas y media, un récord para un principiante, durante las cuales no había hecho otra cosa que encorvarse frente a su ordenador, comer frutos secos y barritas energéticas, Adam le entregó a Goncharki *El Príncipe Negro de Mea-Hor*. Goncharki había recorrido el manuscrito y había decretado que era, de lejos, el mejor *Blade* que había escrito. Y no solo el mejor que había escrito sino muy probablemente, aunque no hubiera leído más que uno al principio, y del cual no guardaba ningún recuerdo, el mejor de todos los *Blade* jamás escritos en Estados Unidos o en otra parte. ¡El verdadero Jeffrey Lord eres tú!, había dicho mientras brindaban. ¿Quién es Jeffrey Lord?, había preguntado Adam, que ignoraba el nombre bajo el cual acababa de publicar. Habían llorado de risa y Goncharki se había puesto de pie para amenazar a todo el bistró con una voz churchilliana, porque atravesaba un periodo churchilliano: *We are at war*! *Now, we are condemned to work each other ruin, and will TEAR your african empire to SHREDS and desert*! Bajo la pluma de Adam, por supuesto, el héroe

interdimensional había cambiado un poco su estatura habitual y la *célula editorial* había detectado la subcontratación. El asunto habría podido terminar de manera trágica sin el encanto de Goncharki y el objetivamente buen desempeño de *El Príncipe Negro de Mea-Hor*. Hasta las siete de la tarde, Goncharki sabía manejar sus asuntos. El mismo día negoció su dimisión de la serie de *Blade*, su entrada en la de *El Ejecutor*, a la que tenía echado el ojo, y su reemplazo por Adam Haberberg, quien, increíblemente, parecía a gusto en el universo galáctico. Cuatro títulos por año, tres mil euros brutos por título, así eran las bases de la oferta que le hicieron sin demora a Adam. Una oferta a la cual no había podido responder, y que habría debido resultarle devastadora si el anuncio de la trombosis no hubiese llegado para barrer la consternación existencial. Trombosis. Qué horrible palabra, piensa Adam, que se lleva la mano al ojo y recuerda que el dolor, aunque atenuado, sigue presente. Yo, dice Marie-Thérèse, acabo de terminar de leer la biografía de Leonardo da Vinci.

—¿Ah, sí?

—Me gustan las biografías.

—Tienes razón.

—Cuando tengo una cita de trabajo, tengo que emplearme a fondo. Es importante que el cliente se diga: esta chica no vende cualquier cosa. Hoy tenía una cita en el Clos Lucé, la casa que le regaló Francisco I, realmente me esforcé al máximo para tener las mejores posibilidades con ese cliente. Tengo la suerte de tener una actividad profesional que me abre otros horizontes. Hala, voy a adelantar a este, me está agotando la paciencia. ¿Sabes que hay especialistas que dicen que es el mejor todoterreno del mundo? Hoy en día, si un vendedor quiere tener éxito, debe aportar alguna innovación.

—Claro —dice Adam, que se fija en los vaqueros de Marie-Thérèse. Y en sus zapatillas deportivas. Pegan con el Jeep, piensa. El peinado también, más actual que la cara. Lo demás, el abrigo, el fular, el bolso, recuerdan la transparencia lejana de Suresnes.

—El vendedor tal como la gente lo imagina —dice ella, mientras pasa junto al edificio de BaByliss—, el tipo que se encuentra solo por la noche en el restaurante con su maletín y que no puede más, claro que todavía quedan de esos, quedan muchos, pero yo no soy para nada así. A mí mi trabajo me trae plenitud. Los compradores lo saben.

La gente que me lee, decía Goncharki, el tipo en el andén de la estación, el tipo que está solo en su habitación de provincias, todos los tipos que están solos.

—La gente que tiene éxito en este oficio —prosigue Marie-Thérèse, que Dios sabe por qué, piensa Adam, quiere meterse a fondo con este tema, pero tal vez es que ha sentido su mirada—es gente abierta al mundo y de apariencia agradable. Lo que me ha permitido triunfar en mi oficio es que soy de verdad, que soy auténtica. La chica que va por los salones con traje chaqueta y tacones, al año siguiente no la encuentras, solo tienen éxito las personas auténticas. Tienes que sentirte cómoda cuando llegas a un sitio. Yo entro en un museo, el museo no trabaja conmigo, yo tengo que crearle una necesidad. Si yo quiero convencerles de montar una pequeña tienda con mis productos, yo tengo que presentarme con un discurso que vaya más allá de esa pequeña tienda. Tengo que darles la impresión de que no estoy ahí para montar una pequeña tienda aunque sepamos que la finalidad es montar una pequeña tienda. En la relación, el comprador quiere algo más que su pequeña tienda, el discurso que es puramente comercial se acabó.

Inmuebles bajos, edificios grises, también inmuebles rosados, de ladrillo, con revestimiento, y establecimientos Darty, y Cora, y Mondial Moquette, una ruta donde hay de todo en la bruma que ha dejado solo algunos vapores, banderitas en la penumbra, y Speedy, y equipamientos

Laho, y todo el tiempo carteles y el cartel de Montrouge y el cartel de Bagneux detrás de la lluvia en el parabrisas. Y Marie-Thérèse Lyoc, repleta de energía en el Jeep calentito. Marie-Thérèse que conduce rumbo a su casa y se conoce todo esto de memoria y le importa un rábano, porque no es la clase de persona que piensa que el decorado de una vida debe ser maravilloso. Marie-Thérèse que repite palabras que no comprende y que se proyectan y bailan como gotas luminosas.

—¿Te acuerdas de Serge Gautheron? —dice ella.

—No.

—Moreno, no muy alto. Su padre tenía una tienda de ropa deportiva en Rueil, Serge Gautheron, ¿no te acuerdas?

—Más o menos.

—Nos casamos.

—¿Tú estás casada?

—Me divorcié, pero estuvimos casados ocho años.

No voy a hacer comentarios, piensa Adam, no voy a comentar esta información grotesca, me concentro en la ruta, una ruta enteramente dedicada a los coches, una ruta de talleres mecánicos, de gasolineras, de puestos de seguridad y de mantenimiento, me concentro en los vendedores de vehículos nuevos y usados, me concentro en los talleres de chapa, los vendedores de neumáticos y de piezas sueltas, no quiero escuchar la vida de Serge Gautheron y Marie-Thérèse Lyoc, no quiero saber nada de esos espectros del pasado. Recuerda haber deambulado por una chatarrería en Carriéres-sur-Seine en busca de un guardabarros blanco de un Volkswagen Passât. Recuerda el terreno baldío, el tipo en su cobertizo que olía a tabaco y el perro que apareció de la nada, ladrando, atado a una cadena muy larga, interminable.

—Hasta tengo una foto de vosotros dos —dice Marie-Thérèse—, una foto de clase del penúltimo curso de bachillerato, creo.

Pues claro que ha guardado las fotos de clase, piensa él. La serie de fotos de clase que su madre también guardó siempre, igual que sus dientes ennegrecidos en una caja de lata. Las fotos de clase que lo muestran siempre triste y feo, y cada vez más triste, piensa, y cada vez más feo a medida que pasaban los años. Los otros cada vez se veían mejor en esas fotos, piensa, en mí se notaba siempre algo torcido, la sonrisa falsa, el pelo mal peinado, una actitud falsa en el cuerpo. No hubo ni una foto de clase buena, piensa, y mi madre las guardó todas, sin importarle año tras año ese aire de mequetrefe, aceptando sin más que su niño pasara de curso y habiendo conservado todo, dientes, cuadernos, regalos del día de la madre, para finalmente acabar, desde que soy adulto, en el desinterés total. Adam no quiere ver la foto de clase con Serge Gautheron, quien dice Serge Gautheron dice Alice Canella, dice Tristan Mateo, lo sabe. Alice Canella ha muerto. No quiero ver la cara de Tristan Mateo. No quiero verme de nuevo al lado de Tristan Mateo y de Alice Canella. No quiero contemplar con Marie-Thérèse Lyoc el epitafio de mi juventud. Quiero Bourg-la-Reine, Peugeot, Champion y Volvic, quiero hacer una revisión técnica, quiero comprar una moqueta y papel pintado. Alice se iba de vacaciones con Marie-Thérèse, recuerda Adam. A la vuelta, Marie-Thérèse se daba aires de importancia porque sabía cosas que nadie más sabía. Que ella misma haya podido tener una vida sentimental no se le pasaba por la cabeza a nadie.

—¿Ya estabais juntos en el liceo? —pregunta él, estimulado de repente por la idea.

—Ja, ja —ríe Marie-Thérèse. Una risa completamente asexuada, piensa él, una risita incongruente que sale de la garganta, otra vez se da aires de importancia—. Tengo que pasar por

el castillo de Sceaux, es solo dejar un paquete —prosigue ella, doblando a la derecha y tomando una callejuela arbolada.

Marie-Thérèse camina por la noche hacia el castillo. Adam se ha quedado en el Jeep, aparcado en el parking de adoquines. Suena el móvil. —Soy yo —dice Irène—, me ha dicho María que no vuelves a casa. —No. —¿Qué haces? —Veo a una vieja amiga del colegio. —Perfecto. —Es verdad, te lo juro. —¿Dónde estás? —En Sceaux. —¿En Sceaux? —Y después voy a Viry-Chátillon. —Haz lo que quieras, me importa una mierda. ¿Has hablado con los niños? —No. —Por lo menos llámalos. —OK.

Adam telefonea a sus hijos. Ha dejado de llover. El parque parece bonito y el castillo también. Tendría que venir un día con los niños, piensa, mientras habla con el pequeño y se pregunta cuántas veces en su vida ha pensado que un día tendría que hacer esto o aquello con los niños, sabiendo que no lo hará jamás. —¿Y de qué viven?, le pregunta al mayor. —De la caza… —Sí. ¿De la caza y…? ¿Lo mismo pero en el agua? —De la pesca. —¿De la pesca y…? —Y no sé qué más, papá, estoy harto, ¡no vamos a recitar la lección por teléfono! —Y de la recolección. ¿Y cuál es la diferencia entre historia y prehistoria? —La escritura, joder. —La escritura, muy bien. La prehistoria reconstruye el devenir de la humanidad *antes* de la aparición de la escritura. —¡Empieza mi serie! —Las primeras formas de escritura son muy antiguas, en el tres mil antes de nuestra era ya tienes los primeros rastros de escritura. Es muy importante que entiendas la evolución y que sepas orientarte. No quiero que te pase como a mí, que pasé directo del hombre de Neanderthal a las civilizaciones mesopotámicas, pasé de golpe de los tipos peludos de las cavernas a los príncipes asirios en carros dorados, ese ruido qué es, ¿por qué grita? —Se ha caído con la lámpara. —¿Qué hace María? ¿Por qué lo deja jugar con eso? —¡Deja de gritar, imbécil, que no oigo nada! —¿Se ha hecho daño? —¡Qué va, papá, ya sabes que llora por nada! Empieza mi serie. —Un abrazo. Estudia un poco más lo del arpón y la lanza. —Hasta pronto, papá, te quiero.

En el parking de adoquines del castillo de Sceaux, es decir, inmensamente lejos de todo, es decir, en el quinto pino, es decir, allí donde no nos lleva ninguna obligación ni tenemos por qué ir, nos sentimos casi en paz, piensa él, como con un alivio vital. Al bajar el arte a la calle, había dicho y repetido Goncharki, el crimen más abyecto, hemos hecho creer al primero que pasa que podía ser un artista. El primero que pasa no tiene motivo para desconfiar, vive en un mundo que todos los días le dice: exprésate, impon tu yo. El primero que pasa, había dicho Goncharki, experimenta las mismas torturas que un artista auténtico, la vulnerabilidad, la inquietud, la dificultad de crear, porque todo esto tiene que ver con el hombre y no con el artista. Pronto es aceptado en la comunidad de sus pares, ignorando que no puede haber una comunidad de artistas, porque el artista, y el escritor en particular, había dicho Goncharki, aunque usted y yo sepamos que se trata de una especie frágil del género, es un solitario y no quiere mezclarse y no reconoce ni iguales ni colegas. En nuestra sociedad, el primero que pasa no tiene cómo orientarse.

No se lo puede culpar por creerse legítimo. Cuando escribe usted novelas de aeropuerto, ha tomado como destino la muerte. Es un mercenario, ya no tiene nombre y repite hasta el infinito un gesto sin eco. Adam limpia un círculo en el vaho del parabrisas y mira donde no hay nada para mirar. Hasta pronto, papá, te quiero. ¿Cuánto tiempo más esas palabras soleadas? En la calle, cuando van al colegio, temprano por la mañana, el mayor grita te quiero a su padre, que desde la ventana lo mira cruzar. Grita te quiero desde la esquina que lo hará desaparecer, por encima de los transeúntes y los coches, y su padre, asomado en lo alto, le manda un beso y repite

las palabras con una voz ronca y avergonzada. Un padre que podría haber sido otro, un padre que también es, de algún modo, el primero que pasa de los padres, ya que sabe bien que ese te quiero no le está destinado a él, Adam Haberberg, el hombre que está en la ventana, sin afeitar y sintiéndose viejo, sino a su figura a lo largo del tiempo, como a lo largo del tiempo debe ser a veces *el mejor papá del mundo* o el peor. Un día, piensa, no se oirá más al niño que lo ignora todo de uno, y que prefiere mirar su serie, gritar en la calle te quiero. Un día, el tiempo borrará de la acera al niño que cojea con su gran mochila y al hombre que hace gestos amistosos con su abrigo de incertidumbres.

Adam marca el número de Albert.

—Estoy en Sceaux. —¿En Sceaux? —Y después voy a Viry-Châtillon. —Muy bonito. —¿Qué haces tú? —Estoy en las escaleras. Saco a pasear al King Charles de Martine. —¡Tiene un King Charles! —No hay nada más feo en el mundo que este perro. Es un tipo al que le han quitado la tiroides a machetazos. —¿Te vas a pasear solo con el King Charles? —La mayor parte del tiempo lo llevo en brazos, no le gusta caminar. Lo dejo en el suelo para que cague. —¿Por qué tiene un King Charles? —Le gustan los King Charles. —No puedes quedarte con una chica que trabaja en Eldorauto en Lognes y que tiene un King Charles. —Tienes razón. —Déjala. Tengo a alguien para ti. —¿Quién? —Marie-Thérèse Lyoc. —¿Tetas grandes? —No están mal. —Preséntamela.

Adam se guarda el móvil en el bolsillo. Entre las luces vacilantes de la noche, emergen las sombras del parque. Adam se tapa el ojo con la palma de la mano. Habrá que explicarle al oftalmólogo, piensa, lo que ha sucedido esta noche. Habrá que encontrar la palabra exacta, orientarlo con cuidado y precisión hacia una apreciación nueva de la situación. Habrá que encontrar la palabra exacta y enseguida, a falta de poder elegir la que está justo por debajo de la escala del impacto, ya que el baremo de las palabras es impreciso, habrá que atenuarlo con un adjetivo, pues es fundamental, juzga Adam, fundamental no abrumar al oftalmólogo. Súbitamente, doctor, he sentido un desorden… No… Un dolor… No, no fue un dolor… Una dislocación, sí, *cierta* dislocación, como si mis vasos sanguíneos, doctor, se separaran de la arteria y fueran a esparcirse sin objeto en lugares aberrantes. ¿Será la famosa extravasación de la que usted me habló y cuyo nombre me persigue? Mi visión no está afectada, lo cual es buena señal, verdad doctor, como si mi ojo se negara a saber lo que traman detrás de él, como si mi ojo estuviera en una especie de oposición metafísica, como si se hubiera elevado por encima de los órganos y hubiese dicho: hasta el final has de ver, incluso si no estás irrigado, aunque nada te una a las raíces de la vida has de ver, hasta que se te caiga la pupila el mundo será nítido. Me gustaría, doctor, se lo aclaro, que sucediera lo mismo con todo m¡ser. Porque esta sensación de dislocación la experimento en mi existencia misma, como si los elementos que la componen no estuvieran unidos entre sí, ni a un único yo, como si uno de mis fragmentos pudiera en todo momento y en cualquier lugar partir a la deriva hacia periferias lejanas en las que me pierdo. ¿Puede permanecer nítido el mundo, cree usted, cuando vamos hacia el porvenir sin perspectiva de dicha alguna, porque no estamos lo bastante enteros para aferraría? El otro día fuimos, mis hijos, mi mujer y yo, a pasar un fin de semana en Saint-Vaast-laHougue. Cuando sacaba del ascensor la maleta y las bolsas pensé en ciertos relatos de exilio, de huidas precipitadas, y pensé que habrían sido menos dolorosos, doctor, que esa salida hacia el Cotentin, pensé que la fatalidad es más ligera que la obligación de ser felices. Cuando al pie de la escalera levanto la maleta de las vacaciones, levanto la pesadumbre de mi vida. Mi primer editor era un hombre dulce, de talla pequeña. Era calvo y había querido hacerse unos injertos que fallaron por completo. Ayer pasé

por delante del hospital donde murió. Espero que no vea inconveniente, doctor, en esta pequeña bifurcación. Después de todo, ¿quién nos asegura que la trombosis que hoy nos ocupa carece de relación con mi comienzo como escritor? Mi primer editor creía que tenía un futuro. No es poca cosa en la existencia, alguien que cree en tu futuro. Le da a uno aliento y coraje. En el diario que había escrito en la Salpêtrière, y que su mujer había fotocopiado, había frases como estas: «Al final, soy testigo del delirio de autodestrucción que embarga mi corazón… Es el cuerpo, nuestro cuerpo, el fundamento último y mayor de nuestro ser… Adam Haberberg me trajo una radio, una de esas atenciones exquisitas que vuelven habitable la noche». ¿Será, entonces, que mi futuro se hundió con él? En uno de esos puñados de tierra que se echan sobre la madera, mi futuro desmoronado en la fosa. Doctor, me recetó usted Veinamitol, y cuando le informé de ello al profesor Guen, hizo un pequeño gesto con la mano, un gesto de esos que indican una indiferencia benévola y dijo: mal no le hará tomarlo. Tengo, doctor, la ingenuidad de pensar que el paciente debe creer en las virtudes del medicamento para que sea eficaz. Había leído el prospecto del Veinamitol, soy un gran lector de prospectos, y me había alentado la claridad de las indicaciones. Pero el profesor Guen se mofó del Veinamitol. Lo sigo tomando por superstición y también porque soy incapaz de afrontar las perspectivas de esta disfunción sin sostén alguno, aunque sea absurdo. Y permítame decirle de pasada que no será su Spéciafoldine, un medicamento para embarazadas, el que me estimule. Suprimir el Veinamitol, doctor, es admitir *oficialmente* que no hay nada que hacer, ni por este ojo ni por el otro, que podría también verse afectado a su vez, ni por ninguna otra parte de mi cuerpo donde a un vaso sanguíneo se le antojara obstruirse. En el prospecto yo podía leer: «Aumenta la *resistencia* de los vasos, disminuye su permeabilidad». Me gustó eso de aumenta y disminuye, dos verbos francos y dinámicos, y me gustó sobre todo lo de la resistencia. Ese prospecto me autorizaba a sentir cierto aire de optimismo, doctor, operaba como esas decisiones que tomamos al comenzar el año, cuando nos decimos: este año harás esto y no harás lo otro, cuando enunciamos las características de nuestra voluntad contra el caos de la vida. A propósito, doctor: ¿no debemos al Veinamitol haber controlado el fenómeno de la dislocación? ¡Ya ve! Fue lo que me dije ayer durante la crisis, hasta paré en una farmacia porque estaba lejos de mi casa y no había tomado mi sobrecito de la noche. ¿Qué sabe ese Guen de medicina general? ¿Qué entienden esos peces gordos en materia de protección? Usted, doctor, está en las cosas de todos los días, usted cuando dice Veinamitol sabe de lo que habla, y encuentro inaceptable que un Guen cualquiera, a cuya consulta me envió usted ya *fortificado* por su receta, la denigre con tanta frivolidad. Siento que le caigo bien, doctor. Salvo que deba atribuir su atención al hecho de que un hombre de mi edad que sufre un accidente vascular tiene un triste pronóstico. En cualquier caso, cuando lo visito siento que a usted le agrada verme. Quiero pensar que no tiene usted cada cinco minutos un paciente con el que puede bromear y hasta reírse de lo peor, con quien puede usted conversar sobre música y sobre literatura, yo aprecio en usted ese deseo de cultura que habitualmente me exaspera en las personas de mi círculo. Que yo le caiga bien a usted, doctor, es tan esencial para mi curación como el Veinamitol, porque el hombre que llega hasta su portal y toca su timbre es un hombre que tiembla de miedo. Quiere bromear, quiere conversar sobre libros y música, de ser necesario apelaría a la pesca, el fútbol o el bricolaje, cualquier cosa que lo cautivara a usted, doctor, y volviera anacrónico el anuncio de la noche que se aproxima. Para seguir siendo lo que es, o sea invulnerable, el príncipe de Mea—Hor no debe ser amado por nadie. Escribí *El Príncipe Negro de Mea-Hor* en dos semanas y media, un libro anónimo que solo se encuentra en los aeropuertos o en algunos quioscos. Al mostrarme, como quien dice, por el contrario, a través de ese personaje

que debe permanecer emancipado del afecto de los otros, puse en juego más de mí mismo, doctor, en esa obra por encargo que en cualquier otro de mis libros. Fabriqué el anti-Adam Haberberg, un anti-Adam Haberberg nacido de mi propia pluma, que hoy me da el coraje para manifestarle a usted mi debilidad, para decirle quiérame, doctor, protéjame, doctor, sálveme.

Marie-Thérèse corre. No he tardado mucho, ¿verdad?, le dice, ¿no tienes frío? Aprieta botones y arranca. No tienes buen aspecto.

—Estoy muy bien, Marie-Thérèse.

—En cualquier caso es genial habernos encontrado.

—Sí.

—Pues para responder a tu pregunta —dice Marie-Thérèse, poniendo una carita, mientras bajan por la ruta del castillo para retomar la nacional—, en el liceo no estábamos juntos.

—¿Quiénes?

—Serge y yo.

—Ah —dice Adam, mientras intenta en vano imaginarse a Serge Gautheron.

—Ni siquiera éramos muy amigos. Estaba en el equipo de rugby con Tristan, no sé si te acuerdas, éramos sus acérrimos seguidores cuando íbamos a Bagatelle. Volví a encontrármelo por casualidad cuando hacía unas prácticas en Canon, tres años después del examen de bachillerato. Eso es lo curioso.

—Es curioso, sí.

—Cuando nos casamos, nos hicimos cargo de la tienda de sus padres, en Rueil-Malmaison.

—¿No funcionó?

—¿Nosotros o la tienda? —ríe ella.

—Los dos. La tienda.

—La tienda marchaba de maravilla. Pero abrimos otra en Bercy 2 que nunca arrancó. Tuvimos que esquilmar Rueil para mantener Bercy. Bercy es un centro comercial, la clientela no funciona de la misma manera. Si tu vendedora es buena, obtienes jugosos ingresos, pero si no lo es, no ganas nada. Mantuvimos las dos tiendas durante dos años, fue una catástrofe. Vendimos Bercy 2, en Rueil echamos el cierre poco después.

—¿Cómo llegaste a Viry-Châtillon?

—En Bercy había hecho contactos y me propusieron administrar una tienda de ropa, una franquicia de Caroll, en Juvisy-sur-Orge. Primero viví en Juvisy y después en Viry.

Adam intenta analizar las tetas de Marie-Thérèse. No se ve nada bajo el abrigo. En la Rue d'Antony hay de todo, un peluquero, un cerrajero, una óptica, un mercado de alimentos, una farmacia. Tengo que comprar algo en la farmacia, dice él.

Era difícil sola, dice Marie-Thérèse, mientras dobla delante del Buffalo Grill, no estaba acostumbrada a administrar una tienda yo sola, a manejar al personal, elegir la mercancía, correr a reponerla para complacer a los clientes, tienes que ocuparte de todo, si tú no estás ahí la cosa no funciona. Me apetecía ser más independiente, disponer de mis horarios con más libertad. Al cabo de tres años presenté mi renuncia y estuve prácticamente dos años sin trabajo. A través de la ventanilla, naves, naves, grúas, grúas, pabellones, Maxauto, Auto Distribution, Hertz. A través de la ventanilla, almacenes, torres de alta tensión, el páramo surcado de electricidad. Van por la autopista en dirección a Savigny-sur-Orge. La caja nueva de Veinamitol está sobre las rodillas de Adam. Marie-Thérèse habla de su vida. El edema *puede* tardar entre doce y dieciocho meses en reabsorberse, dijo el oftalmólogo. Lo que Adam oye es: el edema puede tardar entre doce y dieciocho meses en reabsorberse, coma, y también puede no reabsorberse nunca. El *puede* induce

este ritmo en la sensibilidad de Adam. Es una frase que se abre a la tragedia. ¿Por qué el oftalmólogo no dice que el edema va a tardar etcétera? Porque se abstiene de la fórmula afirmativa. ¿Y por qué se abstiene de la fórmula afirmativa? Porque la reabsorción del edema es incierta en sí, porque no hay nada más incierto que la reabsorción del edema. Cuando el oftalmólogo dice que el edema puede tardar entre doce y dieciocho meses en reabsorberse, dice: vamos a tener que esperar varios meses antes de saber si el edema, ese cuerpo coriáceo e imprevisible, nos hace el favor de reabsorberse. Nosotros, es decir, usted, yo, el profesor Guen y toda la facultad debemos esperar el tiempo de una revolución completa de nuestro planeta alrededor del sol para saber de qué lado van a inclinarse los astros, ya que estamos, piensa Adam, por qué no consultar directamente con un curandero. Cuando empecé eran siete mil francos netos más bonificaciones por cumplimiento de objetivos, prosigue Marie-Thérèse, hoy si todo va bien, gano unos cuatro mil euros. En invierno hay menos turistas en todas partes. Cuando entramos en el período de septiembre a marzo, que es el período malo, apuesto a los japoneses. Los japoneses viajan todo el año. Todo el *business* en Francia lo he montado yo. Gracias a lo que yo hice en Francia, la empresa, que es una empresa americana, ha contratado a un responsable comercial en España y a otro en Italia, desarrollamos un *business* europeo que no existía. Al comienzo me contrataron para vender objetos publicitarios. Me contrataron un primero de enero, hace cinco años. En el mes de marzo, tuvimos ganancias iguales a cero. Con los americanos no se juega, es gente que quiere resultados. Por casualidad, en una visita a Versalles con mi ahijado, hice mi primera venta, eso me dio la idea de especializarme en los sitios históricos y vender souvenires en vez de objetos publicitarios. Después conseguí otro cliente en Chantilly y después la cosa no hizo más que crecer. Llevo todo el *business* en Francia. Genial, dice Adam. Es genial, es cierto. Me encanta mi profesión. Es la primera vez que me siento realizada en un trabajo. La niebla está pasando, y la lluvia un poco también. A Adam le gusta que lo lleven de noche, con lluvia, con calor, por las periferias tristes. Marie-Thérèse se quita el abrigo. Unas tetas albertianas, piensa Adam, que está a punto de llamarlo cuando recuerda que no puede hablar. Unas tetas pesadas y prominentes que no recordaba para nada, al no ser aficionado, al contrario que Albert, a las tetas pesadas y prominentes. Adam piensa de nuevo en su último gran drama con Irène. Tal vez el drama final, se dice. *Te envío a mi mensajero*, le había dicho Adam a Albert por teléfono, hablando de Irène. Cuando iba a Issy-les-Moulineaux, Irène pasaba por la Rue de la Convention, donde vivía Albert. Un mensajero con tetas pequeñas, había bromeado Albert al otro lado. Dice un mensajero con tetas pequeñas, había repetido tontamente Adam. Que le den por culo, había respondido Irène. Dice que las mirará de todas formas. ¡Me extrañaría!, había dicho Irène mientras se cubría. *¡Siempre que te pongas las gafas de miope!*, se había reído burlón Adam en el aparato. ¡Que os den por culo, había dicho Irène, hay otros que no se quejan! Y había salido de la habitación dando un portazo. ¿¡Cómo que otros no se quejan, qué quiere decir que otros no se quejan!?, había gritado Adam, persiguiéndola hasta el otro extremo del apartamento. ¿Te das cuenta?, había llorado Irène, tumbada en la cama y volviendo hacia él una cara de loca, ¿te das cuenta de la vulgaridad de esta conversación? ¡No cambies de tema, quiero saber quiénes son esos *otros*, quiero saber ahora mismo qué significa esa frase! ¿¡A ti te parece normal hablar por teléfono de las tetas de tu mujer!? ¡Irène, te has delatado y soy capaz de llegar a extremos que ni te imaginas! ¿¡A ti te parece normal bromear sobre mis tetas con un cabrón al que solo le gustan las putas, un parásito conocido por su nulidad intelectual, que devora pescaditos a las ocho de la mañana!? ¡Nos importa una mierda Albert, no desvíes la conversación! ¡Pídeme perdón!, había aullado Irène, ¡pídeme perdón de rodillas, di que nunca más hablarás de las tetas de tu mujer con

nadie! ¡De cualquier modo te voy a matar!, había respondido Adam. ¿A qué esperas? ¡No me provoques, Irène! ¡Para la vida que llevamos, adelante!, lo había provocado ella, de rodillas sobre la cama, ofreciendo su cuello. Adam oye la voz que le dice aprieta, aprieta, vuelve a ver las piernas que se agitan, oye la voz del pequeño que pregunta qué pasa y la suya propia que ordena: déjanos, déjanos, cierra la puerta. Y justo entonces llega el mayor y dice os habéis vuelto locos, y se pone a llorar, seguido por el pequeño, y Adam tiene ganas de cargárselos a todos.

Si no entiendes la autodestrucción en un hombre, no entiendes a los hombres, había dicho él, lo recuerda, durante una de esas discusiones infernales que siguen a las crisis. Es preferible la tragedia pura, piensa, a esas disecciones asquerosas. Habría que entender esa manía de hablar, esa manía que tienen las mujeres de hablar siempre. Esa necesidad innoble de explicarse. Si uno consideraba lo insípido y lo infrecuente de sus relaciones sexuales, tenía sentido que Irène tuviera un amante. Adam luchaba contra esa hipótesis amarga. Y si le daba un ataque de locura o de ferocidad, no quería comentarlo. Locura sí, discusiones no. Irène lo acusaba de celos irracionales: ¿adonde te llevan, le decía, esos celos irracionales? Adam no entendía *irracionales* en el sentido de infundados, entendía que eran algo absurdo dado lo poco que nos pertenecíamos ya el uno al otro. Unos celos *ilegítimos*, piensa en el Jeep Wrangler, eso fue lo que entendió. Una palabra terrible que podría extender a la totalidad de su condición, piensa en el Jeep Wrangler, porque un hombre debería ser reconocido por aquello que desearía ser, ¿y qué soy yo, piensa mientras contempla a través del vidrio la noche sucia de bruma, sino un jefe de familia ilegítimo, un escritor ¡legítimo, en otras palabras, piensa en el Jeep medio frenado en el tráfico de la autopista A6, un hombre ilegítimo? ¿Tienes hijos?, le pregunta a Marie-Thérèse.

—No, por desgracia, no.

—¿Te habría gustado?

—Sí.

—¿Por qué no los tuviste?

—Así son las cosas.

—¿Serge Gautheron no quería?

—Sí, quería.

—¿No habéis podido? —dice él, sabiendo que debería haber parado dos réplicas antes.

—Perdí al bebé, dos veces.

—¿Tuviste abortos espontáneos? —la corrige él, horrorizado por la palabra bebé.

—Sí.

—¿Por qué motivo?

—No se sabe. A veces no hay motivo.

—¿No volvisteis a intentarlo?

—Sí.

—No te he oído.

—Sí.

—¿Y lo intentaste con otros?

—Sí…

¿Qué sentido tiene esta cursilería, este tono desfalleciente, qué sentido tiene esa avaricia de palabras? La existencia es cruel, bueno, para qué agravar el asunto hablando con voz temblorosa, piensa Adam.

—¿No funcionó?

—No…

Por otra parte, encuentra tú a un tipo que quiera hacerle un hijo a Marie-Thérèse Lyoc, piensa Adam. Pero no, piensa enseguida, a la salida del colegio se puede ver a decenas de Serges Gautheron y de Marie-Thérèses Lyoc, en realidad los Lyoc y los Gautheron pululan, incluso se puede considerar a los Lyoc y los Gautheron como los prototipos de los padres, esos oscuros que se casan entre ellos, que no dejaron los pupitres del colegio más que para establecerse a la salida, la acera está ocupada por los Lyoc y los Gautheron, esa gente de hoy en día, enérgica, bromista, preocupada a tope por todo. Marie-Thérèse tiene mi edad, piensa Adam. A los cuarenta y siete años, Marie-Thérèse puede decir adiós a tener un hijo. Adiós a tener un hijo, piensa Adam, igual que yo digo adiós a la gloria, tarde o temprano, piensa, decimos adiós al porvenir, abordamos el tiempo en que la existencia ya no exigirá nada de nosotros, en que ya no tendremos que ser padres, madres, amantes, escritores, guapos, satisfechos, felices. Nos sentamos en un banco y nos encontramos en la posición del hospicio. Un buen día uno se sienta y listo, a uno le importa una mierda ser Adam Haberberg o Marie-Thérèse Lyoc, uno sabe bien que da lo mismo, como da lo mismo ser Alice Canella, de qué sirvió ser Alice Canella si acabas obeso y estrellado contra el suelo. Marie-Thérèse ha puesto los limpiaparabrisas a máxima velocidad. ¿Y cuál es la finalidad, Dios mío, se pregunta, de este periplo en el Jeep absurdo, hacia un Viry-Chátillon cuyo nombre mismo me agobia? Me ocupo mucho de mi ahijado, dice Marie-Thérèse, tal vez ha dicho otras cosas mientras Adam no escuchaba, en todo caso, constata, ha recuperado un timbre de voz normal. Vive en Soisy-sur-Seine, es más lejos, más al sur, con su madre, que es mi mejor amiga y que es instructora en la torre de control de Orly. Tiene once años mi ahijado, se llama Andréas. Adivina lo que quiere ser cuando sea mayor.

—Piloto.

—Qué va.

—Terrorista.

—Dentista.

—¿No tiene ni un poco de curiosidad ese crío?

—Le apasionan los dientes. Desde hace años le apasionan los dientes. Ahora que usa brackets, quiere dedicarse a la ortodoncia. Para su cumpleaños tuvimos que conseguirle un cráneo articulado. Pero él quiere uno de verdad, con dientes torcidos. El problema del cráneo de resina es que tiene una dentadura impecable. Él quiere hacer experimentos, quiere hacer moldes, quiere fabricar unos brackets. Me he informado, se pueden conseguir cráneos en el cementerio de Montrouge, los enterradores te los venden bajo cuerda, solo tienes que hacerte pasar por un estudiante. No sé si comprarle un cráneo de verdad. Tengo dudas. ¿Tú qué piensas? ¿Es sano que tenga un esqueleto en su cuarto a los once años? Además es que no lee otra cosa que libros de vampiros o de zombis.

—Es más sano que querer ser dentista.

—Yo creo que no está bien que considere el cuerpo humano como un juguete. Y creo que hay que aprender a respetar a la muerte. Es importante que los niños tengan una noción de lo que es sagrado. Personalmente, a mí no me gustaría que vinieran a profanarme el cráneo para terminar en un estante al lado de una Game Boy, con un aparato dental. Por otro lado, entiendo que tenga curiosidad, es un chico que se decanta por la ciencia, quiere experimentar la materia, quiere observar la realidad. No le basta el cráneo de resina. ¿Has visto?, es terrible, caen cuatro gotas y ya estamos en un atasco. El cráneo de resina es el ideal del hombre, es el modelo. No es el hombre. Yo le digo a Andréas: ¿qué es lo que hoy te interesa, Andréas? Lo que te interesa es la forma, es el mecanismo, es cómo están montadas las cosas. Al hombre tienes toda la vida para

explorarlo. La imperfección del hombre, tienes toda la vida para corregirla. Tú quieres observar una mandíbula que ha cumplido su función, quieres dientes que han masticado, él quiere dientes que han masticado, quieres mandíbulas que han triturado, pero yo le digo: olvidas que detrás de todo eso hay alguien que ha existido. Le digo: en esta caja, cariño, había sueños y había tormentos, y no sabemos adonde se han ¡do esos sueños y esos tormentos, no sabemos qué ha sido de toda esa ebullición que había ahí. Cuando fuimos a Versalles, o a Chambord, que te encantó, le encantó Chambord a causa de las escaleras, yo le dije: has visitado los dormitorios y los pasillos y los salones, y todas esas habitaciones estaban vacías, y eso podría haber sido un fastidio para un chico, esa sucesión de lugares desiertos, sin ningún objeto personal, pero tú te decías: ahí durmió el rey, ahí miró por la ventana y vio ese bosque, cuántas veces habrá subido esos escalones, y los cortesanos y los soldados, y tú honras esos lugares, Andreas, porque han visto lo que tú no verás jamás, porque han contenido mundos que tú no conocerás jamás. Un cráneo de verdad, le digo, es lo mismo, no es una herramienta, cariño, es un dormitorio abandonado, es un enigma.

¿Por qué a mí, piensa Adam, por qué me cuenta todo esto a mí? Ese pobre chico se ha lanzado a la odontología antes de pasar a la perversidad con mayúsculas, es evidente que ese chico tarde o temprano acabará por descuartizar a sus víctimas antes de congelarlas, un chaval que quiere ser ortodoncista a los once años, que pide un esqueleto para su cumpleaños y que encima, piensa, tiene que aguantar (basta para empujar a cualquiera a la locura) este torrente de catecismo.

—Marie-Paule —oye él, retomando la argumentación Dios sabe dónde (¿quién es Marie-Paule?)—, considera que es un asunto entre él y yo, a ella no le desvela lo del cráneo real, para ella la muerte es la muerte, le importa una mierda, quiere que la incineren, que alguien desentierre unos huesos no la escandaliza, aunque sea para venderlos, dice que es un comercio como cualquier otro, ¿qué es lo que se vende?, unos despojos que igual se habrían hecho polvo con el tiempo, ahí no queda nada humano. Me dice: tú haz lo que quieras, a quien Andréas ha pedido un cráneo es a ti, tú le regalaste un cráneo de plástico que ya te ha costado bastante caro, no tienes por qué ir más lejos si tienes escrúpulos, yo le digo Marie—Paule, quiero hacer lo que le haga bien. A pesar de todo, me parece un poco raro que una madre no tenga ningún escrúpulo en un asunto tan delicado. ¿No?

—Sí, sí.

—¿Qué es lo mejor para un niño? ¿Acaso sabemos lo que es mejor para un niño?

—No.

—¿No? Ya tendrás al menos una idea, espero —dice ella consternada.

—Sí, claro —ríe tontamente Adam, que ni siquiera sabe a qué acaba de responder que no. Tendría que haber saltado del coche en el Boulevard Kellermann, piensa, o incluso en Sceaux o en Antony, aprovechar cuando estaba comprando el Veinamitol y escapar antes de la trampa de la autopista. Una sucesión de errores, de inercias inconscientes, piensa, a favor de la predestinación. Estaba escrito que iría a Viry-Châtillon, Alejandro en Persia, yo en Viry. No hay una sola persona en el mundo, se dice, que sepa que estoy en este coche, en este lugar. Y no hay una sola persona a quien esto pueda interesar, que pensara dónde está Adam, qué hace en este momento: ¿está alegre, triste, solo? A Irene le da igual, los niños están ocupados, mis amigos… ¿Tengo amigos? No hay una persona en el mundo a quien lastime mi ausencia, piensa. Irene también quiere que la incineren. Y Goncharki también. Él se quedó pegado a la puerta cuando los sepultureros metieron a su padre en el ataúd. Oyó una serie de ruidos inquietantes y atroces y

se encontró a su padre reducido en más de un cuarto en su féretro. Goncharki, que sufría de claustrofobia, no quería eso para él. Compresión, encierro, más gusanos. Ese era el programa, así que a incinerarse. Meyer Lansky había terminado su vida en Florida, en un apartamento minúsculo sin vistas. Un hombre que se había jactado de ser más poderoso que la US Steel. ¿De qué sirvió ser Meyer Lansky? Todo para acabar recorriendo calles ardientes, solo y enfermo. Que lo hayan enterrado en Miami o en Jerusalén, según unos deseos que no le respetaron, ¿qué cambia? Que lo hayan incinerado o que su cráneo se codee con los juguetes en la habitación de un niño, ¿en qué modifica eso el color de la existencia? Desde hacía años Goncharki escribía *La tumba de Meyer Lansky*. Una celebración secreta, una oda secreta a los hombres que no saben ser amados. ¿Tus padres viven?, pregunta de repente Marie-Thérèse.

—Sí. Mis padres viven.

—¿Están bien?

¿Conoce a mis padres?, piensa Adam.

—Sí, están bien —miente.

—¿Los ves?

—No muy a menudo. Viven en provincias.

—¿Dónde?

—En Libourne.

—¿Dónde es?

—Cerca de Burdeos —dice mientras piensa: ¿qué le importa? Mientras piensa también: debería devolverle la pregunta, pero me importan una mierda sus padres, así como me importa una mierda su vida entera.

—¿Y tus padres, qué? —dice.

—Mi padre vive. En Suresnes.

—¿Y tu madre?

—Mi madre murió cuando yo tenía diez años.

—Perdona.

—¿Tus hijos los ven? —retoma Marie-Thérèse.

—¿A quiénes?

—A tus padres.

—No mucho.

—Qué lástima.

—No.

—¿Por qué?

—Porque mis padres no son nada interesantes.

—Es un poco cabronada decir eso.

—No.

—Es una lástima que los niños no conozcan a sus abuelos.

—Se conocen.

—Que no los conozcan de verdad.

—Perdona, Marie-Thérèse, pero ¿tú qué sabes? ¿Qué son esas frases hechas? ¿Y si los abuelos son unos imbéciles totales?

Marie-Thérèse lo piensa. Luego dice: exageras.

—¿Falta poco para llegar?

—Muy poco. Ya deberíamos haber llegado, si no hubiéramos pasado tantos contratiempos.

¿Qué quieres comer? Tengo un poco de carne en el congelador. Podemos hacernos una carne al horno con zanahorias. O un gratén. También, es simple pero es mi especialidad, puedo hacerte una tortilla de patatas.

—Una tortilla, bueno.

Dice una tortilla, bueno, mientras un poco más lejos flota el cartel de Viry-Châtillon-Fleury-Mérogis. Voy a comerme una tortilla en Viry-Châtillon con Marie-Thérèse Lyoc, piensa. Mira sus manos apoyadas sobre la caja de Veinamitol, manos más envejecidas que el resto de su cuerpo, un poco hinchadas, un poco inertes, manos inofensivas y que nadie echa de menos, piensa. Piensa en sus hijos tumbados delante del televisor y se siente desfallecer, como si estuviera inmensamente lejos, como si acabara de perder un tiempo irreparable. Piensa en sus niños en pijama, tirados sobre la moqueta, entre juguetes patas arriba, migas de galletas, envoltorios de caramelos y de yogures, dos animales entrelazados que miran, del derecho o del revés, los videoclips, los anuncios, todo tipo de imágenes horrendas y estridentes, a su manera totalmente solos, piensa. Y se dice que el mayor no ha aprendido su lección, se dice que el mayor no se toma en serio el colegio, que el pequeño debería estar ya en la cama, se dice que Maria debería cuidarlo un poco y contarle un cuento en vez de dejarlo pudrirse frente a la televisión que ella también ve, masticando un chicle, la oreja pegada al móvil, se dice que el mayor no usa el cepillo de dientes eléctrico que él encargó, que siguen sin abrir el libro *Los conquistadores del Nuevo Mundo*, al mayor le importan una mierda los conquistadores del Nuevo Mundo, y todas estas cosas banales, sin importancia, que arruinan, piensa, noche tras noche su vida de hombre, esas ansiedades risibles que en tiempos normales considera como una expresión de su zozobra, le parecen, en el Jeep Wrangler que se zambulle en la bifurcación de salida de la autopista, constituir el material desgarrador de la existencia. Tengo que volver a París, piensa, mientras que de la nada surge el restaurante belga Léon de Bruxelles, tengo que volver de inmediato, Marie-Thérèse, pega media vuelta por favor, vuelve a la autopista, tengo que volver a mi casa, tengo que acostar a mis hijos, tengo que esperar a mi mujer Irène, tengo que disfrutar de mis hijos y mi mujer, tengo cuarenta y siete años, unos años más y todo esto habrá explotado, no tengo tiempo de comer una tortilla en Viry-Châtillon, lo he hecho lo mejor que he podido, como tú, y lo mejor se reduce a nada, ¿comprendes?, llévame rápido de vuelta a mi casa, me voy a poner el pijama, vamos a apretujarnos con los niños en la cama grande, esperaremos a Irène en la litera riendo escondidos los tres en la oscuridad y le gastaremos una broma cuando llegue.

El Jeep baja una pequeña pendiente. Al fondo, en un cartel, se lee «Tu apartamento en Viry». Adam cierra los ojos. Enseguida aparece una especie de botita refulgente, inmóvil en la oscuridad. Adam abre los ojos, lee «Vista panorámica sobre el lago», vuelve a cerrarlos. La botita está ahí, central y verde. Adam abre y vuelve a cerrar los ojos varias veces. La botita sigue ahí, más o menos fluorescente. Adam cierra un ojo, luego el otro. No hay botita. La botita aparece solo cuando los dos párpados están cerrados. Una botita, advierte, que termina por desaparecer y reaparece en el siguiente parpadeo. A lo mejor me estoy poniendo histérico, piensa Adam. Tal como van las cosas, piensa, ¿no debería acudir directamente a Guen? ¿Es mejor ir directo a la eminencia, o es mejor perseverar en un camino casi psicoanalítico con el médico que le trata? ¿Y por qué hay que afrontar, además de la enfermedad, este dilema terapéutico? Al fenómeno de la dislocación, doctor, y sin que por eso los efectos de esta hayan desaparecido del todo, ha venido a agregarse un ataque desconocido, cada vez que cierro los ojos aparece una botita verde y muy luminosa. Digo una botita, doctor, pero podría decir un calcetín también, en realidad es una especie de zapato medieval, con una punta larga en un extremo: ¿no se llamaba

de potro, doctor? Pues cada vez que cierro los ojos veo un zapato de potro verde fosforescente en la oscuridad. ¿Será el famoso agujero en la retina del que hablaron usted y el profesor Guen? ¿Será el espantoso *agujero macular* al que aludieron usted y Guen? Verá, doctor, si la botita hubiese aparecido sin ningún síntoma previo, tal vez yo no estaría en este estado de pánico, pero apareció luego del fenómeno de dislocación, que no había provocado en sí, recuérdelo, ninguna alteración de mi visión. El drama, doctor, es que todo se encadena de manera lógica. Si mi retina está desgarrada, y en efecto siento que está desgarrada, debemos admitir que la dislocación era la antecámara del desgarramiento. Tememos lo peor, y lo peor llega. No sé si valora usted el alcance de este hecho. Surge un dolor, al que llamamos dolor o dislocación, y en lugar de ser *nada*, una nada en la cual basamos nuestra esperanza, una nada que sería de algún modo la *espalda* de Dios, es una advertencia. ¿Se da usted cuenta, doctor, hasta qué punto es grave que no pueda haber un dolor sin consecuencias? Doctor, estoy circuncidado, mis padres creyeron que era su deber sustraerme a las leyes de la naturaleza y yo apruebo ese legado, aunque sea simbólico. Por eso mismo me cuesta admitir que mi cuerpo esté regido por el principio de causalidad. Mucho menos mi destino. Ese principio de causalidad, para ser franco, me repugna. Y ahora, doctor, supongamos que mi retina no esté desgarrada: ¿qué hace esta botita medieval en el centro de mi visión? Se queda usted de piedra, doctor. ¡Ja, ja, ja! ¡Del zapato de potro seguro que no se hablaba mucho en sus libros de texto! ¡Ja, ja, ja! ¿De qué te ríes?, dice Marie-Thérèse.

—¿Me río?

—Sí. Hemos llegado.

Han aparcado en un pequeño parking. Por el rodeo que acaba de dar en ese espacio casi vacío, se nota que tiene un lugar preferido.

—Ahí puedes ver el lago de Viry-Châtillon. Es muy famoso. Hay gente que hace esquí acuático, veleros, patos, cisnes.

—¿Tú haces esquí acuático?

—No. Un año lo probé en Banyuls, nunca pude arrancar. Vivo aquí.

Marie-Thérèse muestra un inmueble bajo, escalonado, que se parece a ciertas residencias de vacaciones. Alrededor no hay gran cosa, aparte de una grúa delante de un edificio en construcción, y otro inmueble un poco más atrás. Ya no llueve ni hay bruma. No hay más luces flotando ni calor.

—Marie-Thérèse, llévame de vuelta a París.

—¿Pero por qué?

—Por favor.

—Primero vas a comer y luego vemos.

Marie-Thérèse baja del coche. Adam también. Marie-Thérèse cierra las puertas. Dice: allá está Grigny.

—Ah, sí.

—Es el barrio de la Grande Borne.

—Vaya.

Miran una colina iluminada al fondo. Adam da algunos pasos en dirección al lago. Marie-Thérèse lo sigue. Luego se detienen. Después de un momento Marie-Thérèse dice: la parte del lago que da a Grigny está mucho menos cuidada, los árboles no están podados, hay bolsas de McDonald’s. Adam asiente. Contemplan en silencio los árboles bajos, los pequeños setos, el agua inmóvil, los pájaros que se deslizan en la penumbra. Contemplan las farolas, la zona residencial, el restaurante en la otra orilla. Marie-Thérèse contempla lo que ve todos los días y

todas las noches. Ha perdido su dinamismo, piensa Adam. La mira en la claridad desabrida, ve por fin su cara, una boca un poco metida hacia adentro, nervaduras sombrías, nada grave, solo la juventud que se esfuma. Bueno, ¿entramos?, dice Marie-Thérèse.

—¿Qué es ese restaurante?

—Nada, un restaurante.

—¿Vas alguna vez?

—No.

—¿Por qué?

Marie-Thérèse se encoge de hombros. Adam mira el restaurante en la orilla de enfrente. Una casa blanca con un letrero verde, el mismo verde de la botita, piensa, y una barandilla. ¿Y si vamos?, dice.

—Oh, no —ríe ella.

—¿Por qué?

—¡No hemos venido aquí para ir a un restaurante!

—¿Por qué no?

—No voy a ir al restaurante de abajo. Si voy a un restaurante, voy a París, o a otra parte.

—Pero a mí me gustaría ir a ese.

—Te decepcionaría.

—¿Ah, sí?

—Es feo. Y no es muy bueno.

—Ah.

—Y por la noche no hay nadie.

—Ah —dice él, mirando la casa tranquila al borde del agua y pensando en ese triste deseo infantil de *ir al restaurante*. Un día que habían viajado al sur, al comienzo de la relación con Irène, recuerda, hace mucho tiempo, habían cruzado un desfiladero y llegado a un pueblecito en pendiente. El pueblo se llamaba Glandieu. Al final de una explanada de tierra había una curva que desaparecía detrás de un peñón y en ese sitio había un pequeño restaurante. Se habían sentado a una mesa afuera y él había dicho, lo recuerda, me voy a comer un buen paté de campaña con un vino peleón. Voy a comerme unos pepinillos, había pensado, bajo el sol del verano, mientras le tomaba a Irène la mano bajo el mantel. ¿Oyes a las gaviotas, las ves?, dice Marie-Thérèse.

—Las veo.

En Saint-Vaast-la-Hougue se había negado a alquilar bicicletas. Recuerda lo testarudo que fue. ¿Por qué se había negado a alquilar bicicletas? Las otras familias andaban alegremente en bici con las gaviotas alrededor. Padres en bermudas, madres con mochilas, andaban en bici en el viento salado y los gritos de las gaviotas. ¿Qué significa esa oposición? ¿Qué enfermedad padece un hombre al que le espanta alquilar bicicletas? Sí, Marie-Thérèse, veo las gaviotas, y aunque no entienda qué hacen en Viry-Châtillon, puedo verlas sobrevolar el camino del domingo y desaparecer en las aguas descoloridas, el lago también lo veo, piensa, puedo ver alrededor las luces de la vida, la casa de playa de Marie-Thérèse, y también veo a Marie-Thérèse, su abrigo, su fular, su cara de hace treinta años, puedo ver que ha pasado el tiempo, puedo ver nuestra vejez bajo la luz blanquecina de la farola, veo un zapato de potro cuando cierro mis ojos y no quiero ver nada. Al principio, doctor, creí que era un coche, ya sabe, de esos alargados americanos. Hoy puedo recordar a esos hombres en pantalones de cocinero y zapatos alargados en los patios de las iglesias en mi enciclopedia *Tout l'Univers*, puedo ver el saludo con la mano que me hace la

muerte color verde flúor y pensar en nuestros ancestros en las callejuelas de adoquines, puedo comprender todo eso, doctor, porque puedo imaginarlo, puedo decirme a mí mismo que son fragmentos de la existencia que imagino, son fragmentos del universo que entiendo, puedo relacionar el lago, las gaviotas sombrías y los patos, el restaurante y las cortinas, puedo figurarme quién vive allá en el centro de Grigny, puedo relacionar mi vida y la vida de Marie-Thérèse, puedo acordarme de Suresnes y entender el tiempo como los peldaños de una escalera inmensa y fatal. También veo a mis hijos en nuestro apartamento, sé lo que hacen y veo sus cuerpos en pijama. A mi mujer Irène también la veo aunque pase de su vida. Aunque pase de su vida. Porque ya no sé quién es y ella no sabe quién soy yo. Hay personas a las que veo tres veces por año y a las que conozco mejor y que me entienden mejor. Cuando salimos ella ríe, se extasía, se ofusca, no entiendo en absoluto esa vitalidad mundana, ella nunca me mira en secreto, o si lo hace es para condenar mi ausencia, pero nunca me mira para deslizar uno de esos mensajes dulces y silenciosos, yo no existo. A ella le gusta bromear sobre nosotros. La científica y el poeta, eso la inspira cuando estamos en sociedad, maquilla de gamberrada una asociación siniestra en la que no cree desde hace lustros pero sin mirarme nunca, quiero decir sin mirarme nunca de verdad y darse cuenta de hasta qué punto me resulta penosa esa comedia. Cuando visitamos un lugar, hace comentarios idiotas con una voz que me crispa, reflexiones culturales que ella considera pertinentes y que no corresponden a ningún hecho real del ser, con un timbre de voz que arruina el ambiente, y si le digo no hables tan alto, o ya me lo dirás más tarde, o me importa una mierda Irène, ella se encoge sobre sí misma y se calla con un silencio terrible, y entonces no hay nada más que valga la pena visitar, nada más que una cripta oscura. Puedo ver los libros que nunca escribiré, los sueños no realizados, sí, doctor, puedo verlos, los sueños no realizados están en mí como un archipiélago, aún lo distingo, aunque se aleje y pierda sus colores y se haga cada vez más pesado en mi cuerpo. Me salió bien *El Príncipe Negro de Mea-Hor* porque está fuera del mundo, al mundo no puedo imaginarlo. No veo más que fragmentos dispersos, escombros, no entiendo nada. No soy capaz de alquilar bicicletas para mi familia, porque simplemente soy incapaz de afrontar *la idea de la dicha*, pedalear en la idea de la dicha me mata. Andar silbando al viento con las familias felices está más allá de mis fuerzas. Si monto en la bicicleta con el pequeño en la silla de atrás, las ganas de llorar se van a apoderar de mí. Para no tener ganas de llorar, tendría que haber triunfado en todo lo demás, sentirme en un bando o en el otro. Andar silbando al viento en fila india con tu mujer y tus hijos no es lo mínimo, es la culminación. Sí, Marie-Thérèse, veo las gaviotas, vienen de lejos, caen en picado sobre las pequeñas dunas y los promontorios. Las veo.

—Vamos —dice Marie-Thérèse.

Él la sigue. Ella camina haciendo tintinear sus llaves. Entran en el inmueble blanco. Entran en el ascensor. Se ve en el espejo, con la bolsita de la farmacia en las manos.

Marie-Thérèse abre la puerta de su piso. Enciende las luces. Cuelga su abrigo y su fular y dice: ponte cómodo. Enciende una lámpara de aspecto asiático sobre una mesa baja. Hay un sofá y un sillón, el suelo es de linóleo, nota Adam. En el extremo de la estancia, un ventanal que se abre sobre una terraza, y al fondo el lago. Marie-Thérèse dice: ¿y si subo la calefacción?

—Si quieres…

Ella enciende las luces de la cocina, que es alargada y con una ventana al fondo. Hace girar la perilla del calentador, arranca un trozo de papel de cocina y se suena. Adam sigue de pie en la sala de estar con la gabardina puesta. Vamos a tomar algo para reanimarnos, dice abriendo una alacena. ¿Un Pernod, un poquito de Guignolet-kirsch?

—Venga, un poquito de Guignolet-kirsch.

Adam se sienta en el sillón. Piensa: ¿me tomo el Veinamitol antes del Guignolet-kirsch? Me lo quitaría de encima, piensa. Por otra parte: ¿la absorción inmediata del alcohol no puede impedir la acción del Veinamitol? ¿No conviene dejar un espacio entre el Veinamitol y el alcohol, como se recomienda hacer entre la aspirina y los antibióticos? Bébete el Guignolet, piensa, caliéntate con el Guignolet y toma el Veinamitol más tarde, en un contexto neutro. Marie-Thérèse llega con una bandeja sobre la cual están los vasos y un plato con galletas Tuc. ¡Quítate la gabardina, dice ella, acabo de subir la calefacción! A menos, piensa Adam, que tome el Veinamitol enseguida y que coma unas Tuc para taparlo antes del Guignolet. ¿Tendrías un vaso de agua, Marie-Thérèse?

—Si te quitas la gabardina. Además, está toda mojada.

Adam se deshace de su gabardina. Marie-Thérèse va a colgarla y vuelve con un vaso de agua. ¿Qué es?, pregunta, mirándolo volcar el sobrecito en el vaso.

—Una cosa para la circulación.

—¿Tienes problemas de circulación?

—No es grave.

—Cinco gotas de aceite esencial de ajo más dos gotas de esencia de limón, tres veces al día.

—Ah.

—Lo mezclas con lo que quieras, con miel, con miga de pan o con agua.

—¿Qué efecto tiene?

—Regula la circulación. Estabiliza la hipertensión.

—¿Actúa sobre los vasos sanguíneos?

—Pues claro.

—¿Los fortalece?

—Lo fortalece todo.

Adam se bebe el Veinamitol y toma una galleta. Marie-Thérèse se ha ido a la cocina. Vuelve con un escurridor, papel de diario y patatas. Adam se come las Tuc mientras ella pela las patatas dando sorbitos al Guignolet. No tiene cuello, piensa él, ¿es porque se encorva para pelar? ¡Ah, las gafas!, grita ella, se me olvidaban las gafas, ríe, rebuscando en su bolso. ¿Cómo me encuentras? ¿Fea? ¿De cien años?

—Al contrario. Bien. Te quedan bien.

—¿Sabes que me parezco un poco a madame Demonpion?

—¿Quién es?

—¿La Demonpion?, nuestra profesora de Geografía e Historia.

—No la recuerdo.

—Sí, la Demonpion: *cuanto más cambia, más sigue siendo lo mismo.*

—No me acuerdo.

—¿Volviste a ver a los chicos? ¿Volviste a ver a Tristan? —pregunta ella, regresando a la mondadura.

—No volví a ver a nadie.

—Yo tampoco, salvo a Alice. Y a Tristan cuando murió Alice. Después no supe más de él. En una época tenía un despacho de diseño gráfico o algo parecido. ¿Te acuerdas de Gros-Dujarric? La publicidad de Twingo la hizo él.

—No me acuerdo.

—Vivía en el mismo edificio que Alice en las Hocquettes. En clase, tres veníamos del

Domaine des Hocquettes. Veo mejor con las gafas, es triste decirlo pero veo mejor con las gafas. ¿Quieres cebolla, quieres que le ponga cebolla? La puedo hacer con o sin cebolla.

—Como quieras.

—No, dime lo que prefieres tú.

—Ponle una cebolla.

—Sabe mejor así, pero hay gente a la que no le gusta la cebolla. ¿Tú cocinas?

—Sí.

—¿Qué te sale bien? —dice ella de lejos, pelando la cebolla bajo el grifo del fregadero.

—La pasta.

—¿Qué pasta sabes hacer?

—Todas las pastas.

—¿A la italiana?

—Sí. También hago risotto.

—Me encanta el risotto. Tendrás que hacerme un risotto un día de estos.

—Sí.

Ella corta las patatas, echa la cebolla en una sartén y vuelve a sentarse delante de él. Y tu mujer, ¿cocina?, dice.

—No mucho. No tiene tiempo.

—¿A qué se dedica?

—Es ingeniera.

—¿De qué especialidad?

—Telecomunicaciones.

Marie-Thérèse se calla. Baja los ojos y parece meditar sobre esta respuesta. Limpia sus gafas con un trapo y las coloca de nuevo en el estuche. La cebolla crepita en la sartén. Ella se levanta para bajar el fuego. Agrega las patatas, pone más fuerte el extractor, sale de la cocina y cierra la puerta.

Marie-Thérèse y Adam están sentados uno frente al otro. Sin el trasfondo de la cocina, la estancia ha tomado aire de vacío. Sobre la mesa baja, además de la bandeja que ella trajo, hay una flor en una maceta. Cuando atardece, había dicho Goncharki un día en su casa, no me levanto a encender la luz. Dejo que las cosas empiecen a parecerse a sombras y si estoy haciendo algo, lo sigo haciendo a oscuras. ¿Es tranquilo Viry?, dice Adam, después de un largo silencio.

—Oh, sí, es tranquilo —dice ella.

—¿Cómo es?

—No es nada. Es neutral, Viry, no significa nada.

¡Dios mío, piensa él, ayúdame a convertir la existencia en literatura! Convertir a Marie-Thérèse, al suelo de linóleo, a las galletas Tuc, a la luz triste, convertir a Viry y a los años en literatura. No hay nada que desee más. Formulo este deseo mientras tomo este trago de Guignolet: dame el poder de existir a pesar y más allá de lo real. He sido insincero hasta ahora, lo sabes bien, he deseado que me quieran y me elogien, he querido ser *alguien*, Dios mío. Me he hecho el insolente y el negador. He querido, y me río de esta frase, ocupar un lugar en nuestro tiempo. De todo lo que he escrito, solo le tengo cariño al *Príncipe Negro de Mea-Hor*, mi libro sin vanidad. Aquí me tienes esta noche, sentado en esta sala de estar de Viry-Chatillon, esperando que el tiempo pase junto a Marie-Thérèse Lyoc. Una tele apagada sobre un mueble para la tele: una combinación que podría encontrar en cualquier habitación de hotel. Un estante con cedes, algunos libros, fotos, un mueble hecho en casa para colocar el equipo de música, un

puf marroquí. Un cuadro de Bonnard en la pared, una reproducción en papel con un marco rojo. Una mujer sirve una taza de té a un perro que está sentado a la mesa bien derecho, como un buen chico, esperando a que le sirvan. Ahí donde no pasa nada, ahí donde falta el cuerpo, me siento más perdido que en el mundo, que está, como le oí decir a un comentador en la radio, *en precipitación química*. Pienso en mi edad y los segundos se deslizan en el vacío. Dios mío, ayúdame a traducir esto por el simple consuelo de sentirme vivo. ¿Fumas?, dice Marie-Thérèse.

—No.

—¿Te molesta si fumo yo? Casi no fumo durante el día, pero por la noche me gusta.

—Por favor.

El humo se eleva y nubla a la mujer y al perro. Ya ha visto, piensa él, otras obras de Bonnard con un ambiente parecido, o al menos con animales. La voluta que se esfuma deja una impresión turbia. Adam ve de pronto trazos gruesos, una paleta burda, se dice, una tela sobrecargada, y se dice que de pronto podría dejar de gustarle Bonnard, él a quien siempre le había gustado Bonnard, que Bonnard, expuesto en esa pared ocre, a la luz de la lámpara asiática, resultaba redundante y pegajoso, y falsamente alegre. De modo que a uno podía haberle gustado siempre Bonnard y que de golpe ya no le gustara, uno podía de pronto desencantarse, piensa, desencantarse de un cuadro, lo mismo que de un libro o un lugar, desencantarse de repente de cualquier cosa y de cualquier persona. Hace cinco minutos te gustaba el pintor Bonnard, piensa, cuando elevaste los ojos hacia ese póster enmarcado pensaste: mira, es Bonnard, y te gustó la tetera, la composición, el perro y el respaldo de la silla, y entonces bruscamente no te gustó más, empezó a caerte mal la mujer, el vestido y la pared, y todo te pareció asqueroso, te pareció una pintura asquerosa, tú que hasta unos minutos antes y durante largos años habías aprobado y te había gustado la ingenuidad, el calor, la sensualidad de los cuadros de Bonnard. La idea que uno se hace de las cosas se marchita, piensa. Un día, piensa, tendría que enumerar las cosas de las que me he desencantado. ¿Cuáles son los verbos del hombre?, había preguntado Goncharki en una de sus innumerables discusiones ebrias y elípticas. Sin pensarlo. Deme dos. Aguantar y creer, había respondido Adam. ¿No te está sonando el móvil?, dice Marie-Thérèse.

—¿Dónde está?

—No lo sé. ¿Dónde estaba?

—En mi gabardina.

—La he colgado en la entrada.

Adam corre a la entrada. Hunde su mano en un bolsillo, luego en el otro, al final saca el móvil: ¿Hola, hola?, grita en el receptor con tono desesperado. ¿Hola?, le dice de nuevo, absurdamente, al silencio. Sobre la pantalla dice: número desconocido. Adam aguarda la aparición del pequeño sobre con el mensaje. Está de pie en el vestíbulo, entre la cocina y la sala de estar. Me pongo la gabardina, piensa, abro la puerta sin hacer ruido y me escapo. ¿Llegaste demasiado tarde?, dice Marie-Thérèse.

—Sí.

—Y aun así han mejorado. Los móviles, al principio, sonaban tres o cuatro veces, no sé, te perdías una llamada de cada dos.

—Sí —dice él, volviendo a sentarse en el sillón.

—¿Quieres más galletas Tuc?

—No, gracias.

El sobre no aparece. Adam marca su código. No tienes ningún mensaje, dice la voz. Que se calle esa cerda, piensa él, qué derecho tiene a meterse en mi vida esa puta. Perdona, Marie-

Thérèse, voy a llamar a mi casa por si acaso. —María, soy yo, ¿has sido tú quien me ha llamado hace un momento? —No. —¿Todo está bien, María? —Todo está bien. —¿Irène aún no ha vuelto? —No. —¿Los niños están acostados? —Se están acostando. —¿Todavía no están acostados? —Se están acostando ahora mismo. —Dile a Gabriel que use el cepillo de dientes eléctrico. —Vale. —Y que no deje todo inundado como siempre. —Vale. —Hasta mañana, Maria. —Hasta mañana.

A lo mejor era Albert, piensa. Tengo que devolver la llamada a mi amigo Albert, dice, a lo mejor era él. —¿Hola? —¿Entonces? —dice Albert. —¿Eres tú el que me ha llamado? —No, chico. Tengo otras cosas que hacer. —¿Qué tal? —¿Dónde estás? —En Viry-Châtillon. —Espero que valga la pena. —La cosa no va por ahí. —¿Ah, sí? ¿Y por dónde va? —¿Estás en casa de Martine? —¿No puedes hablar? —No. —¡Ja, Ja! ¡No puedes hablar!… —Bueno, te dejo, chao.

¿Quién había pensado en él a estas horas? ¿Qué valioso amigo había querido escuchar su voz? Sálvame, amigo, yo quería contestar, he corrido pero ya era tarde, llama de nuevo, sálvame. ¿Deja todo inundado?, dice Marie-Thérèse.

—¿Perdona?

—Tu hijo. Has dicho: dile que no deje todo inundado.

—Sí. Deja todo inundado cuando se lava los dientes.

—¿Cómo?

—Juega con el agua en el lavabo. Hace cascadas.

—Cuéntame de tus hijos —dice Marie-Thérèse, después de un silencio.

—¿Qué quieres saber?

—Cuántos años tienen, si son morenos como tú, aunque tú ahora… —se ríe tontamente.

—Tienen cinco y ocho años. Son morenos.

—¿En qué cursos están?

—El pequeño está en parvulario. El mayor en tercero de primaria —dice, mientras piensa estamos tocando fondo.

—¿Son aplicados?

—Marie-Thérèse, por favor.

—¡Mira, por cierto, este es Andréas! —dice ella con entusiasmo, tomando del estante una foto enmarcada.

Por un momento Adam ha olvidado quién es Andréas, se acuerda del dentista cuando ve la cara del niño. Andréas está en colores, sonríe. ¿Hay que llamar sonrisa a ese modo de torcer la boca a un lado? El fotógrafo le dijo al niño venga, una sonrisita, y el niño torció la boca a un lado. Adam ha visto ya esa expresión en los retratos escolares de su hijo mayor, ya ha visto la pose atontada y malsana sobre un fondo de cubos. Ya ha visto, piensa, esa cara melancólica, esas orejas largas, el peinado de primera comunión, ya ha visto la raya que se han empeñado en hacerle, la camisa abotonada hasta arriba que siente cada vez que respira, no la ha visto en su propio hijo, sino en el Adam Haberberg de antes, y mientras tiene la foto enmarcada en la mano y no sabe qué hacer con ella, tiene que luchar contra un acceso imprevisto de llanto. Cada día, piensa, uno se esfuerza por deshacerse de la autocompasión, uno predica el estoicismo como modo de vida, y uno flaquea ante la foto de un colegial. Todavía no tenía los brackets, dice, por decir algo. No, todavía no, dice Marie-Thérèse. Pero ya era especialista en oclusión dental, agrega con orgullo. ¿Va a empezar de nuevo?, se inquieta él. Pero no empieza de nuevo, coloca de vuelta en su lugar el retrato de Andréas y sale. Él la oye rebuscar en otro cuarto al fondo del

pasillo y luego vuelve con algo que él reconoce al primer vistazo y que ella le apoya sobre las rodillas. Demonpion exactamente, exclama, mostrando a la mujer sentada abajo a la izquierda de la primera fila. Tú. Alice. Serge. Tristan. Yo. Corinne Poitevin. Biaise. Jenny Pozzo, dice ella. Philippe Gros-Dujarric. Evelyne Estivette. Hervé Cohen. Hervé Cohen, piensa Adam, mirando al chico con cara de gracioso, yo era amigo suyo. ¿Qué ha sido de Hervé Cohén?, pregunta. Ni idea, dice Marie-Thérèse. Adam se acuerda de Hervé Cohen. Un nombre desaparecido de su vida y que nunca habría vuelto a pronunciar de no haber sido por este encuentro. Sin embargo se acuerda de Hervé Cohen, iban uno a la casa del otro, habían pasado unas vacaciones practicando deportes de invierno en los Pirineos. Adam recuerda haber celebrado la fiesta de Pésaj en su habitación de hotel de Font—Romeu. Los padres de Cohen buscaban hacia dónde estaba Jerusalén. Es muy simple, decía el padre, ¿dónde está Perpiñán? La madre señalaba una pared, él prefería otra, decía qué puede saber de orientación esta mujer que nunca ha sabido abrir un mapa sin terminar en Klagenfurt. El padre había acabado por imponer su geografía y todos se habían vuelto, los padres, Hervé, su hermana Joëlle y el mismo Adam, hacia la pared opuesta a la ventana. Durante los rezos, a la madre le había entrado una risa loca que había contagiado a los niños, mientras que el padre, con su jersey de esquí Jacquard y el talit puesto a medias en la cabeza, había seguido leyendo, imbuido y reprobador junto a la puerta del baño, el relato del cruce del mar Rojo. Los Cohen eran lo contrario de sus padres, piensa Adam. Los padres Cohen eran alegres e irracionales. Los padres Cohen eran maravillosos. Lo que cuenta, tantos años después, al mirar esta foto de clase, piensa Adam, no son Alice Canella ni Tristan Mateo ni Hervé Cohen, sino los padres Cohen. Tristan, observa, lleva una túnica blanca, tiene el pelo largo y un bigote, una mezcla de Jim Morrison y de Frank Zappa, se acuerda. Alice es delgada, rubia, malhumorada, como estaba de moda en esa época. Adam trata de imaginarla gorda. Y muerta. Muerta es más fácil, piensa. En Font—Romeu, los padres Cohen tenían quizá mi edad de ahora, piensa. ¿Qué ha sido de ellos? ¿Están muertos también? O viven en alguna parte, viejos y disminuidos, ocupándose de los hijos de Hervé y de Joëlle, recitando por milésima vez la salida de Egipto, encendiendo velas de Janucá, rezongando contra Israel, rezongando contra los enemigos de Israel, todavía echándose broncas por tonterías, fastidiándose el uno al otro. Nunca habría podido llamar a sus propios padres, piensa, *los padres Haberberg*, como quien decía *los padres Cohen*. Los padres Haberberg eran austeros y quejumbrosos, y no se querían. No se interesaban por los amigos de su hijo como los padres Cohen. El señor Cohen, recuerda Adam, le había enseñado a jugar al «421», las letras hebraicas y los rudimentos de la conducta. Conducía un Simca 1500 con la caja de cambios al nivel del suelo. Para el día del padre, Adam y Hervé habían comprado, en la Avenue de la Grande Armée, una bola para la palanca de cambios hecha en madera. Ese accesorio lo había enardecido literalmente: pasó de hombre conocido por conducir como un animal a verdadero peligro público. En los atascos, papá Cohen pisaba el acelerador a fondo cada vez que tenía diez metros libres. En cada semáforo, recuerda Adam, volaban del portaequipajes al parabrisas. La señora Cohen, estoica, parecía vivir esos frenazos intempestivos como una fatalidad del cielo. Adam había aprendido a conducir en el parking de la iglesia moderna Stella Matutina, que según Cohen había sido concebida por un gran criminal. Cohen hacía de instructor, Hervé y él de alumnos o de pasajeros bamboleantes según les tocara. Les decía: mirad, niños, si yo hubiese sido el arquitecto de esta iglesia… ¡habría empezado por hacer una sinagoga! Y se reía de su chiste igual que se reía, recuerda Adam, de nuestros volantazos, del coche que se nos calaba o de nuestros accesos de pánico. Tampoco nadie dirá nunca, piensa, de Irène y él *los padres Haberberg*. Ningún amigo de sus hijos los recordarán

como *los padres Haberberg*. Los padres Haberberg no transmiten nada. Uno se sentía *hijo* en casa de los padres Cohen.

—No has cambiado, Marie-Thérèse —dice él, asombrado de la verdad de la frase.

—Estoy mejor ahora. Parecía una paleta.

—Parecías una paleta, pero no has cambiado de cara.

—Tú tampoco has cambiado mucho, aparte del pelo.

Tiene el pelo negro y rizado, es delgado, lleva una camisa a cuadros. Le parece inteligente verse rebelde en la foto. Tiene un aire de falsedad. No es diferente de Serge Gautheron, de quien no tiene el menor recuerdo, pero que sigue el mismo patrón, tiene los mismos colores y la misma ridicula soberbia. Lo contrario de Tristan Mateo, observa, que les saca una cabeza a todos y cuyo desapego impresiona con esa túnica blanca californiana. Tristan Mateo lee *Las nuevas criaturas*, de Jim Morrison, lee a Herbert Marcuse y a Jerry Rubin, fuma y se traga todas las sustancias de la época sin jamás deteriorarse ni flaquear en el campo de rugby. Tristan Mateo posee a Alice Canella. Alice Canella no existe más para ninguno de nosotros, se dice Adam, y la idea tiene un sabor amargo y calmante. Un sabor ínfimo, observa, un gusto a bruma que pasa y se disipa enseguida. Marie-Thérèse ha ido a revolver las patatas. Adam se pregunta dónde van a cenar. En la cocina debe de haber sitio para los dos. O bien aquí, supone, en la mesa baja. Adam no ve otra mesa y se dice que Marie-Thérèse no debe de recibir a amigos o quizá solo a un amigo o amiga, o bien a amigos que comen sobre sus rodillas, sentados obedientemente codo a codo, con su servilleta y su plato apoyados sobre las rodillas juntas. Y se pregunta quiénes son esos amigos que vienen a cenar sobre sus rodillas juntas, en Viry-Châtillon, en el apartamento bien ordenado de Marie-Thérèse Lyoc. Y se dice: por suerte existen esos amigos de los *salones, o* de Orly o de Suresnes, que atraviesan la puerta de la noche y se introducen en los cuartos con sus voces fuertes, creando enseguida un buen ambiente, apretujándose sin vergüenza en el sofá, fastidiándose unos a otros para divertirse, y riendo y bebiendo en cantidad. Yo podría, piensa, escribir sobre esos amigos de los sábados, después de todo los conozco, a ellos también los veo como a pájaros amontonados sobre los caballones, combino las épocas, combino las emociones, barajo las vidas como si fueran cartas. ¿Recibes a amigos aquí?, dice.

—Depende —responde ella desde la cocina, limpiándose las manos con el trapo—, en realidad no mucho.

—¿No organizas cenas en tu casa, de vez en cuando?

—No mucho. ¿Te apetece comer en la cocina o en la sala de estar?

—Donde tú quieras.

—En la cocina es mejor para sentarnos.

—Vale.

—En la sala es más agradable la luz.

—Como prefieras.

—Tú decides.

—Me da igual.

—Elige.

—En la cocina —dice Adam, y de inmediato piensa que en la sala estarían mejor.

—Esto está listo en cinco minutos, dice ella, volviendo a instalarse delante de él, tomando otra vez su vaso de Guignolet, contenta, no se sabe por qué, con la situación. Adam ha dejado la foto de clase sobre la mesa, Marie-Thérèse la toma y la mira de cerca. Conoce esa foto de memoria, piensa Adam, la foto de clase ha atravesado los años, igual que su cara, cambiando

imperceptiblemente, se dice, alejándose apenas. Esta noche, piensa, es una farándula de espectros lo que descubre, la pobre, inopinadamente sentada delante de este viejo calvo y barrigón a quien llamaban Adam Haberberg. Recuerda la juventud del nombre, recuerda que sonaba diferente, Adam Haberberg, no significaba lo que significa hoy. Marie-Thérèse Lyoc sí, piensa, Marie-Thérèse Lyoc siempre significó Marie-Thérèse Lyoc. Marie-Thérèse Lyoc es definitivo, piensa. Adam Haberberg no. Uno podía contar con ese nombre, era incluso lo único que le habían dado sus padres y con lo que podía contar. Cuando uno se llama Adam Haberberg no espera escribir novelas de aeropuerto, uno no espera verse derribado por la trombosis a los cuarenta y siete años, antes de que haya tenido lugar, aunque sea pequeño, aunque sea espurio, aunque sea mortalmente efímero, el *reconocimiento*. Adam siempre había pensado que su destino, inexplicablemente, iba a la deriva. Para ganar al «421», le había enseñado Cohen, hay que querer ganar. Tú en cambio te entregas a la suerte, los dados lo sienten, les importa una mierda, están desmotivados. Cohen ganaba cada vez. Adam calentaba los dados en la palma de su mano, les soplaba encima, decía los números por adelantado con una voz definitiva, y perdía. Los dados responden al deseo silencioso, no a la agitación de un gruñón. ¿Pasaba lo mismo con la vida? ¿Responde la vida al deseo silencioso, no formulado, que no es solo un deseo sino también una certidumbre, la de que el mundo se ofrece y no tendrá lugar sin uno? Porque para ganar, había entendido, no hace falta querer ganar sino creer que uno va a ganar. Aguantar y creer, los verbos del hombre, le había respondido sin pensar a Goncharki, se repite. Sin pensar, se dice, lo cual no significa sin mentir, sería una equivocación, piensa, confundir lo espontáneo y lo verdadero. Para sobrevivir, piensa, hemos tenido que fabricarnos una actitud de dignidad. No se puede decir que yo no haya cambiado, dice Marie-Thérèse. Y enseguida agrega: tengo ganas de mostrarte algo. Pero no se mueve. ¿Qué cosa?, dice Adam.

—Una carta.

—¿Una carta de quién?

—De Alice.

Adam se calla y Marie-Thérèse no se mueve. Se quedan así inmóviles y al fin Marie-Thérèse dice: ayer, en una esquina del Boulevard Sébastopol, esperaba para cruzar junto a otra gente. En un momento dado, no hubo más coches ni a izquierda ni a derecha y el semáforo seguía verde. Todo el mundo cruzó, excepto yo. Y cuando todavía podía hacerlo, no lo hice, no sé por qué, esperé sola en la acera a que el semáforo se pusiera rojo. Adam espera la continuación, pero no hay continuación. Marie-Thérèse ha acabado. Permanecen en silencio un poco más y luego Marie-Thérèse dice: la vida es así, no me atrevo, no soy libre. Venga, voy a echar los huevos.

Se levanta, vuelve a la cocina. Él la ve volcar los huevos batidos en la sartén y hacer los movimientos propios para preparar la tortilla. Adam se levanta y va junto a ella. La cocina es alargada, se acerca a la ventana que está al fondo. En la noche, algunos árboles desnudos, edificios sin ventanas, farolas, unas gradas. ¿Qué es lo que se ve por ahí?, dice él.

—El estadio de fútbol.

—Y la carretera que pasa por detrás, ¿qué es?

—Es la carretera que va desde la nacional 7 hasta la autopista.

—¿Puedo ayudar en algo?

—Puedes abrir el vino. ¿Quieres ensalada?

—No, así está bien.

—Siéntate.

Adam se sienta. Piensa en la carta. Piensa: no preguntes qué era esa carta de Alice.

—¿Os veis, a veces, con Serge Gautheron?

—No. Se ha vuelto a casar.

—Ah.

—Tiene un hijo.

—¿Te sirvo vino?

—Venga.

—¿Qué era esa carta de Alice?

—Te la voy a mostrar.

—No, pero si no me importa. ¿Qué era?

—Ya verás.

Marie-Thérèse desliza la tortilla sobre un plato redondo y lo coloca entre los dos sobre la mesa estrecha. Es una bonita tortilla de patatas, bien hecha, jugosa, una tortilla perfecta, piensa Adam. ¡Si me hubiesen dicho esta mañana: esta noche cenarás con Adam Haberberg!, bromea ella mientras le sirve. Sobre la encimera, a lo largo de la pared, hay toda una fila de pequeños electrodomésticos. Un hervidor de agua, un centrifugador, nota Adam, una batidora, una licuadora, una cafetera eléctrica, una tostadora. Adam cierra los ojos. El zapato de potro verde sigue ahí para confirmar la soberanía de la soledad. ¿Usas todos esos aparatos?, dice él. Ah, sí, se anima ella de manera inesperada, sí, menos que antes, claro, pero todavía los utilizo.

—¿Qué haces?

—De todo —ríe ella—. Este fin de semana, por ejemplo, hice cuatro panes con calabacín para los veinticinco años de casada de mi hermana.

—Vaya.

—Cuando digo que lo hice, en realidad lo hacen los aparatos, yo no hago nada. ¿Está buena? Ponle un poco más de sal si quieres.

—Está muy buena.

—Hay mujeres que enloquecen por los zapatos o por los productos de belleza, a mí me enloquecen los aparatos eléctricos. Cuando tuve mi primera lavadora, al comienzo de mi matrimonio, a falta de sitio, que no había, puse el programa de «lavado» largo. Me senté al lado en un taburete y seguí todo el proceso, prelavado, lavado, almidonado, centrifugado… hasta el *clac* del final. Me aprendí los ruidos de memoria. Hoy soy capaz de detectar cualquier ruido sospechoso. Lo mismo para el lavaplatos. Cuando abro una revista, no miro la moda ni los chismes, sino la sección de novedades en la parte de electrodomésticos. Soy muy difícil, o me enamoro y estoy al día siguiente en la tienda, o espero años antes de decidirme, con la esperanza de un mejor rendimiento o un mejor *look*. El *look* es muy importante, si lo sabré yo en mi trabajo. Cuando me decido por un aparato, puedo tener una crisis si no está el color que me gusta. Mi cocina es el lugar donde me siento bien, me gusta ser la que manda en mi cocina, el hecho de poner a funcionar todos mis aparatos con el dedo y a ojo, eso me resulta embriagador. Leo los prospectos a fondo, un prospecto que está escrito en demasiados idiomas me horripila, además siempre ponen el francés en último lugar. Un prospecto con pocas explicaciones también me irrita, muchas cosas me irritan, por ejemplo, tuve un exprimidor para zumos en el que había que agregar una pieza y sostenerla encima, a mí me gusta cuando el aparato trabaja solo. Este fin de semana he hecho cuatro panes con calabacín, ¿sabes cuánto he tardado? Un cuarto de hora. Lavo los calabacines, corto los extremos (también tengo los cuchillos necesarios, incluso para una recetita de nada), monto el Kitchenaid con el aparato de cortar rodajas, elijo el cortador de rodajas del medio, ni demasiado fino ni demasiado grueso. Las rodajas caen en el recipiente

grande, caen cinco o seis por vez, hay que ir al ritmo del aparato, no quiero pararlo, es una lucha entre él y yo. Cuando la olla está llena, siempre me parece un milagro, agrego aceite de oliva, albahaca (trabajo sin cucharón, trabajo con mis manos, lo aprendí en los culebrones americanos, las americanas trabajan con las manos), sal, pimienta, pimiento de Espelette, amaso, separo una parte, cojo mi batidora, agrego la nata, los huevos, añado estragón, lo mezclo todo. Le pongo un poquito de aceite a los moldes, coloco en el fondo algunas rodajas y una ramita de albahaca para decorar, cuando todo está mezclado lo pruebo, pongo la preparación y lo meto al horno ya encendido y una vez caliente. Esto me lleva un cuarto de hora escaso y yo casi no hago nada. Cada noche programo la cafetera. Cuando me levanto, lo primero que siento es el olor de mi café. Un café recién hecho, caliente, equilibrado, con cuerpo como me gusta. Eso es lo más maravilloso, es como si alguien, mientras tú dormías, se hubiera ocupado de ti y luego se hubiese ido discretamente.

—Sí—murmura Adam.

—Voy a hacer una ensalada —dice ella levantándose—. Una ensalada de tomate, ¿te apetece?

Adam asiente y mientras se desvanece la idea de vivir en una choza en Canadá con una simple hacha, se pregunta si no le gustaría a él también despertarse con el olor del café, se pregunta si no sería mejor estar solo, como Marie-Thérèse con la cafetera Krups, que solo en la mesa devastada de la mañana, delante de la tetera de Irène, delante de los boles de chocolate vacíos, la caja de Crunch, las tostadas medio mordidas, sin otro signo visible de atención a su existencia que un platito y una taza sacados del armario y colocados en cualquier sitio. Marie-Thérèse ha cortado los tomates con uno de sus cuchillos especiales, mezcla la salsa en la ensaladera y su pecho tiembla al mismo tiempo, observa Adam. El temblor en el pecho de Marie-Thérèse Lyoc evoca inexplicablemente cierto clima de montaña, la humedad opaca y móvil de los caminos brumosos, como si la vida debiera resolverse en una sola vana imagen. La vana lluvia o las tetas flotando en la cocina alargada, al fondo de la cual se esconde el futuro.

Ella se ha sentado de nuevo, ha colocado la ensaladera sobre la mesa entre los dos y sonríe. Él responde al gesto silencioso como lo había hecho delante de la zona de los grandes felinos. La mira mezclar los tomates, servirlos con delicadeza. Ella corta pan, un pan esponjoso y dulce, es el pan de Andréas, dice ella, lo adora, siempre tengo en casa, lo congelo. Él los ve, a él y a ella, a la mesa en esa cocina alargada, suspendidos entre el lago de Viry-Châtillon y la nacional 7, piensa en los hombres sentados a la mesa en cocinas alargadas, comiendo en el desierto de las ciudades una ensalada de tomate, una tortilla, cualquier cosa cotidiana, y piensa: ayúdame Dios mío a encontrar las palabras. Estoy dispuesto a escribir novelas de aeropuerto para ganarme la vida, no veo nada malo en ganarme la vida llamándome Jeffrey Lord o Michel Brice, estoy dispuesto a avanzar en la oscuridad con mi viajero del infinito o como Goncharki, con policías que nunca folian menos de seis horas seguidas, estoy dispuesto a escribir ametralladora para el tipo que regresa al cuartel, estoy dispuesto a escribir desde ahora «un escalofrío le recorrió la espalda», me importa una mierda. Concédeme solo un cuaderno secreto y ayúdame a encontrar las palabras para decir la verdad. Los medicamentos, el terror de la decadencia, la procesadora, los vaqueros de Marie-Thérèse, la ventana cuadrada al fondo con la persiana que golpea. La verdad sin voluntad, sin deseo de originalidad, sin deseo de más o de menos. Poco importa si salgo perdiendo. Por las mañanas escucho la radio imparable que se excita con las metamorfosis del mundo y pienso: excítate tú también, venga, con las metamorfosis del mundo, es lo que se espera de un escritor, que dé cuenta de la aceleración de la historia. Pero ya no veo un tema en

las metamorfosis del mundo. Creía verlo, en la época en la que me asimilaba a la cultura ambiente, ya no lo veo. Las metamorfosis del mundo no cambian en nada lo que soy. En el mejor de los casos me distraen de mí mismo. Los acontecimientos son como una poción de olvido: por la mañana, cuando estoy solo, enciendo la espantosa radio para que me inunden los acontecimientos. Los *grandes acontecimientos* me consuelan, sirven de coartada a mi oscuridad, no puede uno rivalizar con la tragedia del planeta. Los grandes acontecimientos ayudan a pasar el tiempo, nada más. En mi cuaderno secreto quiero dar cuenta de lo que no cambia, o cambia muy poco, o de manera invisible, sordamente cruel. Poco importa si salgo perdiendo. Sí que tenías hambre, dice Marie-Thérèse.

—Es cierto —reconoce él—, tenía frío y hambre. Has recogido una ruina, Marie-Thérèse.

Ella está de pie, saca algunos quesos de la nevera y los dispone sobre una bandeja pequeña. No tienen un aspecto superlativo, pero son buenos, dice ella. Después tengo fruta o un helado de frambuesa. ¿Abro otra botella?

—No, gracias. Voy a tratar de tenerme en pie, aunque sea como ruina.

—¿Qué hacías en el zoológico?

—Nada.

—Pero es raro. Con este tiempo.

—Ese de ahí, ¿qué es?

—Chabichou. Uno de cabra.

—Entonces, ¿esa carta de Alice?

—Después de la cena.

—¿Por qué os divorciasteis?

—Porque la cosa ya no funcionaba. ¿Por qué se divorcia la gente?

—No es suficiente.

—No deja de ser una buena razón.

—¿Qué es lo que ya no funcionaba?

Marie-Thérèse lo piensa. Después dice: ya no nos amábamos.

—¿Y al principio os amabais?

—Creo que sí.

—¿No estás segura?

—Sí.

—¿Por qué dices creo?

—Si quieres helado, lo saco ahora.

—No quiero helado.

Marie-Thérèse se levanta y coloca sobre la mesa la cesta con frutas. Frutas de invierno: manzanas, una pera, naranjas. Él piensa: tiene en casa lo suficiente para poder recibir a cualquiera de improviso, ella que no recibe a nadie o a casi nadie, ha dicho, está en condiciones de ofrecer lo básico en cualquier momento, un gesto elemental, piensa, que sin embargo él nunca habría podido tener, en ningún momento de su vida, porque para eso hace falta que reine en la casa, y no hubo ninguna casa donde eso sucediera, un orden doméstico que en la jerarquía de los órdenes está ligado al tiempo y a las fiestas. Incluso estando casado, incluso siendo *padre de familia*, piensa, siempre he vivido con la despensa más o menos vacía, o si no, solo con pasta y arroz, y puré instantáneo, con la nevera más o menos vacía salvo por las montoneras de postres para niños, una nevera repleta hasta el exceso de vez en cuando y luego vacía un tiempo impreciso, durante el cual de todas formas están los alimentos para consumir a diario, comprados

sobre la marcha por Irene, por María o por mí, con el único propósito de proveer para las necesidades del día, una casa que es lo contrario de la casa imaginada, cuya puerta está abierta de par en par, donde el cubierto está puesto para el que entre, donde el profeta Elias puede sin problema venir un día a sentarse y beber su vaso de vino. Su tensión ocular es de diecinueve, ha dicho el oftalmólogo, lo cual no es, hablando con propiedad, una tensión significativa, pero tampoco es una tensión normal, tengo pacientes que pueden tener treinta y cinco, por ponerle un ejemplo, o incluso cincuenta en algunos casos agudos; por lo demás, la tensión ocular varía, habrá que controlarla antes de preocuparse, hay glaucomas sin tensión, eso existe pero es más raro, en general el glaucoma se traduce por un aumento de la tensión, pero existen glaucomas sin aumento de la tensión, usted presenta una emergencia del nervio óptico en el fondo del ojo, en otras palabras, una excavación pupilar, ha dicho el oftalmólogo, recuerda Adam, que al mirar a Marie-Thérèse embalar de nuevo los quesos en papel de aluminio ha sentido de pronto una presión exterior bilateral que se ejercía sobre sus dos globos oculares. Una presión, comprende, de naturaleza por completo diferente del fenómeno de dislocación, el cual, se da cuenta en este momento, ha desaparecido por así decirlo, dejando como recuerdo la forma terrorífica y silenciosa del zapato de potro. De modo que tendríamos, piensa, dos efectos distintos para confirmar la hipótesis de dos causas distintas y concomitantes, la trombosis y el glaucoma. Así pues, piensa, tal vez yo tenga un glaucoma, dado que hay trombosis, piensa, ¿por qué no habría también glaucoma? Desde el momento en que sobreviene un desorden se buscan otros desórdenes que acechan en las sombras, como nuestras obsesiones, y poseen su vida propia, y nos arrastran cada uno por separado a la catástrofe. Tengo que llamar al centro de diagnóstico para adelantar la fecha de la prueba del campo visual, piensa Adam. Por qué esperar quince días para confirmar un diagnóstico que hago yo aquí mismo, en la cocina de Viry, mientras miro a Marie-Thérèse cerrar otra vez la caja de los quesos, sin saber después de todo si no serán las últimas imágenes que mi cerebro registrará con nitidez, las últimas imágenes límpidas de mi vida, Marie-Thérèse Lyoc en su cocina alargada, las manzanas, las naranjas, los platos de postre festoneados. Se acuerda de los avestruces del Jardin des Plantes. Están lejos, piensa, los avestruces que observé algunas horas antes pertenecen ya al pasado. Tengo nostalgia de esa pareja de avestruces, del corral, del banco, de la lluvia, tengo nostalgia del león recubierto de cardenillo que dominaba la fuente, de la Rue Cuvier, del Quai SaintBernard, es ya una Marie-Thérèse del pasado la que avanzó hacia mí con sus bolsas de muestras y su paraguas. Apenas franquearon la ronda, se acuerda, lo invadió la sensación de algo irreparable. Apenas dejaron el Boulevard Kellermann, al ver el primer cartel que decía Montrouge, pensó en el Jeep Wrangler, se había sentido irreparablemente perdido. Doctor, tiene usted el privilegio de recibir en su consulta a un paciente de cuarenta y siete años que presenta un doble riesgo de ceguera. Ese paciente, doctor, sépalo, carece de coraje. Le hace creer a usted que tiene coraje, en especial por su inclinación a absorber sus términos científicos, pero no lo tiene. Es un hombre banal que tiene miedo de quedar minusválido y miedo de quedar ciego. Y que tiene miedo de tener que renunciar a lo que nunca tuvo. Toma la pera, dice Marie-Thérèse.

—No, gracias.

—¿Una manzana entonces?

—Vale.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Te molesta la luz?

—No.

—Apago la lámpara del techo, si quieres.

—No es nada, Marie-Thérèse.

Ya se ha levantado. Toca el interruptor que está a la izquierda de la puerta. Se apagan el neón del techo y también un foco de la pared. Queda la luz del extractor y de los tubos que iluminan la encimera, una atmósfera absurdamente íntima que, ante la pregunta de ella, él aprueba ya que, observa, no encuentra razón para impedir ese gesto, aunque Marie-Thérèse quisiera sumergir la cocina entera en la oscuridad, él no vería inconveniente, no tiene opinión, piensa, da lo mismo el resplandor del neón que la oscuridad, dan lo mismo las frases que la fruta cortada en silencio. Ha dicho: no es nada, Marie-Thérèse, y ella se ha levantado para apagar la lámpara del techo, un acto inútil, ya que no le molesta la luz, una gentileza inoportuna que lo conmueve y lo irrita al mismo tiempo. En lugar de decir no es nada, Marie-Thérèse, por qué no confesarlo todo, e incluso exagerar para aterrorizarla, para qué limitarse a una falsa decencia, ya seriamente afectada por los pliegues, el Veinamitol y la mano quejumbrosa sobre las pupilas, por qué no alegrar un poco el ambiente diciendo Marie-Thérèse, tengo una anomalía genética grave, en cualquier momento, en cualquier lugar de mi cuerpo, uno de mis vasos sanguíneos se va a obstruir, en el momento en que te hablo ya tengo una trombosis ocular complicada por un glaucoma, esto me puede sobrevenir en el corazón o en el cerebro, de aquí al final de la velada puedo, por ejemplo, caer fulminado por un ataque, que enciendas o que apagues la lámpara del techo, Marie-Thérèse, no cambia nada. Lo mismo sucede con tus aceites esenciales, mi pobre Marie-Thérèse. No te culpo, pero espero que comprendas lo ridículo que es haberme recomendado aceite de ajo. ¡Aceite de ajo a un tipo que tiene una *hiperhomocisteinemia*! Mi mujer Irène también me recomienda infusiones milagrosas. Ella no por ignorancia, sino por maldad. Ungüentos venosos internos, prescritos por la chica que la depila. Irène no soporta mis lamentos. Es ella la que dice *mis* lamentos. Como si me lamentara sin cesar, lo cual es falso, o quizá se volvió cierto por el hecho de que, al no experimentar jamás el consuelo de sentir en ella algo de comprensión, he terminado por acentuar mis quejas, incluso las he teatralizado, con el objetivo paradójico de ser tomado en serio, de crear en el otro un atisbo de compasión. Es cierto que con Irène exagero mis sufrimientos, y esto de manera general, siempre lo he hecho, sean cuales fueren mis males, pero lo hice para atraerla hacia mí y fue un gran error, Marie-Thérèse, porque el sufrimiento no se comunica, como tampoco el sentimiento de abandono, que también se llama soledad pero es peor, como tampoco la pena, de hecho me pregunto qué cosa existe que se pueda comunicar. Hasta ahora nunca había tenido nada grave. Todo tipo de males, sí. Males casi cotidianos, sí. Pero nada grave. No te lo dije en el Wrangler, Marie-Thérèse, pero mi padre tuvo cáncer de colon. Un cáncer de tipo hereditario, según dicen. Yo había admitido la posibilidad de tener cáncer de colon. La hipótesis de que sucediera algo grave, siempre hace falta una, era el colon. El día que me hice la colonoscopia y no encontraron pólipos me dije: te has librado, no puede pasarte nada. Una colonoscopia de nada cada cinco años y te quedas tranquilo. Una mañana me despierto, Marie-Thérèse, siento un centelleo en mi ojo izquierdo, me tapo el otro ojo con la mano y me doy cuenta de que veo borroso. Le digo a Irène veo borroso, ella me responde lo único que faltaba. Le digo a Irène veo mal con el ojo izquierdo, ella responde es una mota de polvo, ya pasará. Dos días después le digo tengo una trombosis, ella suspira y dice: estoy harta. El ungüento de la esteticista es un brebaje espeso e infecto a base de enredadera de Virginia, silicio concentrado y, según leí en el prospecto, porque si tú lees de la primera a la última página las instrucciones de los electrodomésticos, yo leo de la primera a la última pagina

los prospectos de los medicamentos, también de *avellano de bruja*. ¿Avellano de bruja?, me atreví tímidamente a preguntar a una mujer que es, después de todo, jefa de proyecto en Issy-les-Moulineaux, una *crack* de las comunicaciones espaciales. Avellano de bruja, bueno, me responde, con un gesto de impaciencia. Cosas peores te has tragado en la vida. ¿En qué estaba, Marie-Thérèse? ¿Qué te estaba diciendo? Tú enciendes una vela sobre la mesa, hemos vuelto a la sala de estar por lo que veo, yo voy donde tú quieras, me pongo donde tú quieras, en la sala de estar, la cocina, la sala de estar, no tiene importancia. Los senderos que me gustan, los caminos que doblan no se sabe hacia dónde, están lejos.

Marie-Thérèse enciende una vela blanca que es como un cirio. Con la llama enciende su cigarrillo. Después dice: ¿quieres ver la carta de Alice? Adam observa cómo asciende el hilo de humo negro. Dice muéstrame. Marie-Thérèse deja su cigarrillo en un cenicero en forma de trébol y va a buscar la carta.

La carta de Alice está dirigida a Marie-Thérèse Lyoc, Domaine des Hocquettes, Suresnes 92, Francia. 1971, pone en el matasellos, apenas legible sobre los sellos españoles.

Adam saca las hojas del sobre. Cuatro páginas llenas sin ningún margen, con una letra inmediatamente reconocible e inmediatamente dolorosa.

Málaga, sábado 14 de agosto

Mujer[2] (¡mi fardo!):

Nunca hay papel en los baños públicos, ya sea en España o en Marruecos, siempre es igual de asqueroso y aunque me hayas escrito en una especie de papel para el culo, lo cual me tranquilizó pues creía que te estabas aburguesando, no lo utilizo ¡aunque haya cogido una disentería en el sur de Marruecos! Tengo cólicos, náuseas, etcétera. Esto es una «mierda» tan grande que hace cuatro días que no fumo… cigarrillos. Estoy en la estación, vuelvo a París después de largas dudas porque tenía ganas de quedarme con Nordine en Diabet (a 3 kilómetros de Esauira, búscalo en el mapa, grandullona). Allí se vive con nada, es un pueblo donde no viven más que hippies y marroquíes pero no imbéciles, no hacen caso de los hippies, no los miran como animales raros como hacen en todas partes. No hay un solo turista, de verdad que es la vida soñada. Mis padres no habrían podido encontrarme allí, imposible. Al llegar aquí encontré una carta de mi padre que empieza así: «El poco caso que nos haces dice mucho sobre tu incapacidad para cumplir con los compromisos más simples. ¿Debo considerar que encaras con el mismo desenfado tu examen de ingreso y luego tu primer año de universidad? Te recuerdo que la vida no consiste en seguir a unos imbéciles que rasgan la guitarra en las playas de la Costa del Sol». ¡Te imaginas lo que te desmoralizan palabras como estas! Sinceramente, no me veo volviendo a la vida de estudiante de liceo, para empezar lo he olvidado todo, pero todo, y además llevo veinte días *stoned*, es el primer día que no fumo, que no he tomado las pequeñas vitaminas para el cerebro. ¿Conoces el *ghita tea*, el *opium tea*? En Marruecos todo el mundo anda colocado, hasta los aduaneros fuman, fumamos con los policías, que son simpáticos, en la calle, en los cafés, en todas partes, nunca tienes que esconderte y no cuesta nada. Por 7 francos te compras ½ kg de un kif excelente. Sinceramente, no me imagino quedarme en Suresnes. Nordine quiere venir a buscarme después de haber trabajado un mes en San Sebastián, y nos iríamos a Amsterdam, donde tiene algo apalabrado. Quiere que nos casemos, tener un hijo y viajar. Está muy bien, me gusta mucho. Hasta le hablé de Tristan y de Julio, que me espera en Madrid para irnos a la Argentina a fabricar artesanías. Él también quiere tener un hijo, es una enfermedad, no sé qué

bicho les ha picado a todos que quieren tener un hijo (salvo Tristan). De una vez por todas debería saber cuál de ellos es el mejor para mí, quedarme con él y olvidar a todos los otros porque esto no va a seguir funcionando (por el momento funciona muy bien).

Domingo 15 (8.30 h, snif snif)

¡Ya está! Le había dicho a Nordine que no pararía en Madrid, pero pensé que era demasiado ridículo, después de habernos escrito tonterías durante un año, no ir a ver a Julio, y fui, un poco a regañadientes, y ha sido de nuevo el gran BOOM. Estuvimos juntos desde las 10 de la noche hasta las 8 de la mañana, ahora acabo de dejarlo, lloraba, es estúpido jugar a los fantasmas, ¡nos amamos un montón! Creo que voy a irme a la Argentina con él. Desde luego está la cuestión de la pasta. Voy a hacer lo que sea para tenerla, voy a ensartar collares con las piedras de Mauritania que compré, voy a venderlo todo, espero que tú me ayudes *my love*, tal vez pueda hacer fotos de moda, en este momento estoy más bien esquelética, voy a cuidar crios (no al mío, espero, una vez se me olvidó tomar la píldora, estaba supervolada, la tomé al día siguiente por la mañana), voy a presentarme al examen de ingreso, voy a estar muy normal en mi casa, juntaré la pasta y un día desapareceré. ¡No me van a buscar en la Argentina! Hay dos cosas que son un coñazo, dejar a mi fardo (tú) y también a Tristan. No sé cómo voy a reaccionar cuando lo vea, creo que de verdad tengo ganas de hacerlo sufrir. He comprado chílums y pipas, hace dos días que no fumo y sin embargo mis pupilas no quieren volver a la normalidad. Parloteo sin parar, perdón, *my love*, no hago más que hablar de mí pero me hace bien contar las cosas, perdóname, siempre te toca a ti. Para responder a tu pregunta: Adam Haberberg quizá haya estado enamorado de mí, igual que la mitad del colegio (¡¡nada pretenciosa la chica!!), pero para empezar tranquilízate, no es para nada mi tipo, ¡demasiado previsible! Ahora eres tú quien le interesa, estoy segura. Haz funcionar un poco tus pequeñas meninges: ¿por qué crees que nos acompañó a la fiesta de Meudon? Si hubiera sido por mí, no me habría acompañado primero a mí y después a ti. Si te acompañó después fue para estar a solas contigo. Está enamorado de ti pero es un tipo tímido, ¡sois un desastre de timidez los dos! ¡En lugar de lloriquear como una idiota todas las noches pensando en él, da tú el primer paso, grandullona! ¿Qué puede pasar de malo? Quedáis superbién juntos, es simpático, tiene unos ojos bonitos, ya tendrás tiempo de cruzarte con cabrones, las calles están llenas y cuando un cabrón te desvirgue, dirás: «¡Ay, dónde están los buenos tipos como Adam!». Escríbeme una carta larga a Suresnes, que estaré sola y puede que la cosa no marche muy bien cuando llegue, sobre todo si no tengo conmigo las vitaminas necesarias para el equilibrio de una persona. Estamos a punto de llegar a la frontera, intentaré enviar la carta si hay buzón. Por cierto, te escribo a las Hocquettes, perdí tu dirección en Cavalaire, espero que te la reenvíen. Diviértete, *my love*. Báñate mucho y si encuentras algo bonito, cómpramelo.

ALICE
V peace to you

Adam vuelve a doblar las hojas. Las mete en el sobre sin levantar la vista. Los sellos españoles muesnegro, con una gorguera blanca. Valían cuatro pesetas cada uno.

Marie-Thérèse está rígida en el sillón, fumando otro cigarrillo, le parece a él, porque el anterior no habría podido durar tanto tiempo. Se oye la persiana que golpea detrás de la ventana. Un ruido anodino de la vida, piensa él, pero nada es anodino, se dice, en este minuto en el que se

mezclan la revelación de un pasado más que muerto y una confesión alucinante. Si estuviera de un humor diferente podría reírse (pero no se ríe quien quiere en la tumba de Viry-Châtillon). Y si estuviera de un humor diferente no oiría nada lúgubre en esa agitación de la cortina. Ha leído esas páginas sin ninguna turbación, se dice. Si el pasado se convierte en este rumor incoherente, al presente le está reservado el mismo destino. ¿Es que la esencia del tiempo es convertirse tarde o temprano en un rumor incoherente? Momificada delante de su cirio, Marie-Thérèse esquiva estos interrogantes estériles, ha instalado su dispositivo y espera. Pero ¿qué esperas, Marie-Thérèse, tú que parecías hasta aquí literalmente inofensiva? Has guardado esta carta durante más de treinta años. ¿Podías saber que yo vendría, en una noche de locura, a derrumbarme en tu capilla ardiente? Si estuviera de un humor diferente me reiría, como me reiré mañana con Albert. Diría con desenvoltura y un aire burlón: ¿entonces, Marie-Thérèse, resulta que yo atormentaba tus noches? Mañana sí me reiré mucho con Albert. A condición de que salga de aquí indemne, a condición de que negocie con inteligencia lo que sigue. La presión ocular ahora está difundida por toda la cara. Adam aprueba la mano desmesurada que se apoya en sus sienes, en el medio de su frente y en sus pómulos. Que el dolor abandone el territorio fatal de los ojos, piensa, es una victoria en sí. Pero ¿por qué mi cuerpo tiene que consagrar una angustia tan irracional? Si estuviera de un humor diferente, no se me ocurriría tomar de modo trágico un giro desafortunado. Pero no estoy de un humor diferente. El humor en que estoy tomará de modo trágico cualquier obstáculo para el reposo de mi espíritu. ¿Hay motivo para reprocharle a alguien su humor? A Irène, que nunca se cansa de condenar las oscilaciones y los movimientos de ese humor, le había declarado: no veo nada en los elementos constitutivos del hombre que sea más filosófico que el humor. Lo que tú llamas contradicción, Irène, es solo un cambio de perspectiva. Sé que fui yo, había dicho, quien propuso ir a Saint-Vaastla-Hougue, y creía que pasar cuarenta y ocho horas al borde del mar estaba al alcance de cualquier familia común, te reproché que hicieras el equipaje sin entusiasmo, te reproché que no parecieras feliz de salir con tu marido y tus hijos a comer marisco en el Cotentin, te dije si la familia te aburre no deberías haberte embarcado en esta aventura, te lo habré dicho con palabras menos escogidas seguramente, no me acuerdo, te dije cuando uno tiene una familia hay que aceptar las obligaciones. En Saint-Vaast-la-Hougue no quise alquilar bicicletas, critiqué la ciudad, el mar, a la gente, los precios, critiqué la educación de los niños, mostré por todas partes una cara amarga, me dijiste nadie quería este fin de semana. lo decidiste tú solo y mostraste una energía inusual para ponerlo en marcha, fuiste tú quien nos trajo a esta pesadilla por tu repentina creencia en la armonía, tu deseo inexplicable y furioso de armonía. Irène, en el momento en que digo vayamos a Saint-Vaast-la-Hougue, pienso con sinceridad que hay una alegría posible en Saint-Vaast-la-Hougue, pero apenas estamos en la escalera con las maletas yo sé que no hay alegría posible en Saint-Vaast-la-Hougue ni en ninguna otra parte, en el coche me repongo, creo un buen ambiente, doy un curso sobre las mareas, digo vamos a observar a las gaviotas, digo vamos a recoger conchas, que de hecho es lo último que podría interesarme en el mundo, siempre me dieron igual las conchas, pero creo sinceramente que podemos confraternizar de pronto con las conchas, canto viejos éxitos imitando acentos para haceros reír, compro una pistola de agua que tú condenas y tienes razón, la pistola de agua es una estupidez, y nos callamos, y todos nos sentimos fatal en el coche que sigue avanzando quién sabe adonde. Tal vez un día, Irène, dejaré de creer que hay una alegría posible en Saint-Vaast-la-Hougue o en otra parte, diré que no por anticipado a todo, no tendrás que padecer más mis cambios de humor, no habrá más propuestas que puedan acabar en desilusión. La esfinge Lyoc ha apagado su cigarrillo. En el momento en que Adam la mira, se ha quitado las

zapatillas y ha desplegado sus piernas sobre el sofá. Él sigue con el sobre y las hojas en la mano. ¿Qué espera ella? ¿Por qué le ha mostrado esa carta? Una chica que no se atreve a cruzar con otros peatones un boulevard desierto. ¿Qué significan ese silencio y esa posición casi lánguida? Después de la trombosis, el Cotentin, el fiasco del libro, ¿era necesario que apareciera Marie-Thérèse Lyoc haciendo de cortesana en Viry-Châtillon? Ha dejado una luz nocturna de color azul en la cocina. Estoy obligado a responder, piensa. Estoy *obligado* a responder, al paso que van las cosas, piensa, atascado entre la sala de autopsias y las tinieblas del lago, a un fantasma de treinta años de antigüedad. Mañana nos reiremos con Albert. Imagina por un instante el posible revolcón. Considera por primera vez a Marie-Thérèse y constata que tiene, a la luz trémula del cirio, una sombra, no de bigote, sino de barbita en el mentón. Se fija en los hombros que se elevan por encima de las tetas albertianas, hombros de un vigor anormal. Es fuerte, se dice, es una trituradora. Tengo que confesarle la trombosis. La trombosis es una razón válida para no irnos a la cama. Marie-Thérèse, no debe esperarse de mí, ay, una feliz disponibilidad del cuerpo… ¿Y si no entiende de qué hablo? ¿O pretende no entender? No puedes disparar a quemarropa. Las mujeres quieren preliminares. Quieren escuchar palabras y confesiones, una confesión de debilidad si hace falta, de incertidumbre, de impotencia, cualquier confesión. Tú te creías a salvo de la vida en el antro de Viry. No viste a la vida infiltrarse por quién sabe qué puerta, para obligarte a negociar, no una salida carnal, de todas formas irrealizable, ni la humillación que resultaría y a la que no darías ninguna importancia, sino un giro hacia la piedad. Una piedad, piensa, destinada tanto a Marie-Thérèse como a él mismo, una piedad fúnebre que se extiende a la luz, a los objetos, a las aristas frías de las paredes. Una piedad que, lo sabe, podría utilizar ahora, que sería de algún modo el único argumento válido de la escritura, pero que él no tendrá, a menos que ocurra un milagro, cree, ni tiempo ni fuerza para explotar. Todo llega demasiado tarde, piensa. Y todo da lo mismo. Haber sido Adam Haberberg o Marie-Thérèse Lyoc, las caras en blanco y negro en el patio de Suresnes, las caras alineadas que yacen sobre la mesa, a las que todo separaba en otro tiempo, da lo mismo. Poco a poco, piensa, lo que creíamos la realidad se revela como ilusión, el nombre, la obra, el futuro. Detrás de la ventana oye gritar a las gaviotas. Gritos de lejos vienen a confirmar el irreal y aberrante silencio, que hay que romper, piensa él, cueste lo que cueste. ¿Cómo voy a volver? Más vale simular una apoplejía y llamar a urgencias. Pero es Marie-Thérèse la que se mueve. Se levanta y da la vuelta a la mesa baja. Cuando llega hasta él, se apodera de las páginas de la carta y las pasa por la llama del cirio. ¡Pero qué haces!, grita Adam, levantándose de inmediato y atrapando las hojas para salvarlas. Marie-Thérèse resiste. ¡Para, Marie-Thérèse, es una idiotez!

—¿Qué te importa? —dice ella, apartando las manos de Adam y aferrando el fajo.

Adam resiste, tira del papel y se queda con retazos. ¡Marie-Thérèse, esto no tiene ningún sentido!, implora, paralizado por ese gesto frenético.

—No tiene ningún sentido conservar esta carta.

—La conservaste durante treinta años.

Marie-Thérèse intenta recuperar el resto de la carta. Adam hace una bola con las hojas y la esconde detrás de su espalda.

—Dámela.

—No.

Adam esquiva las manos de Marie-Thérèse. ¿La ofendió que no reaccionara? Ofendida por su silencio, la desgraciada quiere hacer desaparecer el rastro de su pasado extravío. Quemar la vergüenza, piensa, usando el sillón como escudo, apreciando la inexplicable puerilidad de su

propio comportamiento. Hacen algunos pases alrededor del sillón, después Adam se escapa en dirección a la ventana. ¡Venga, dámela!, dice ella riendo y dando vueltas alrededor de él. ¡Dame!, ríe, con su incongruente risa entre dientes. Marie-Thérèse ríe. Así comienzan las grandes historias de amor. Uno corretea persiguiéndose entre risas. El amado tiene el hurón y la picara corretea para atraparlo. Por supuesto, la escena no se desarrolla en el tanatorio de Viry-Chatillon, los personajes no tienen cincuenta años y una trombosis, y no venden productos de merchandising. Qué importa. Es una variante. Adam hace pasar la bola de papel de una mano a la otra, levanta los brazos, Marie-Thérèse da saltitos cacareando, sin sus zapatillas es un poco más baja que él. Ha abandonado todo recato, su cara ya no es más que dentición feliz, embriaguez estúpida, piensa él. Él se sorprende haciendo un poco de juego físico, fintas, contrapiés, globos, la bola vuela, desaparece. En un momento dado, Adam falla y la lanza, sin querer, hasta el otro extremo de la sala. La bola aterriza sobre el aparador. Los dos se precipitan. Adam se golpea con la esquina de la mesa baja, Marie-Thérèse se apodera de los jirones abollados. ¡Gané!, grita ella. Gané, canta, haciendo revolotear delante de sus ojos las hojas que va desplegando, y donde reaparece la letra grande y azul y tachada en algunos lugares de Alice Canella. Adam se ha dejado caer sobre el sofá. Le duele la rodilla y el dolor frontal gana terreno, advierte, se extiende a la nariz y al maxilar superior. Sobre el estante, Andréas sonríe de costado en su marco plateado. Tal vez debería consultar también a un dentista, piensa Adam. Marie-Thérèse recorre en silencio los fragmentos de la carta desarrugada. Acerca las páginas a la vela y coloca la pequeña antorcha en el cenicero en forma de trébol. Hay un soplo ligero de algo que se quema, las hojas se estiran y se retraen, hay llamas, humo, un resplandor azulado que persiste, y después un bloque negro.

—Creí que esto te haría reír —dice Marie-Thérèse, mientras se va desvaneciendo el olor acre.

—¿El qué?

—La carta. Creí que te haría reír.

—Ya ves.

—Después de ti estuve enamorada del hermano de Evelyne Estivette, Rémy, no sé si lo conociste, tenía un año más que nosotros y estudiaba en una escuela privada en París. Tampoco pasó nada —se ríe—. De hecho hasta el examen de bachillerato nunca pasó nada, dice alegremente.

—Ah.

Marie-Thérèse se sienta sobre un brazo del sillón. Por un momento no hace nada, después toma la foto de clase y la contempla balanceando una pierna en el vacío. Otra vez se oye golpear la persiana y gritar a las gaviotas. Un recuerdo atraviesa la mente de Adam. Una tarde, en la Rue Lalande, en el despacho de su primer editor, estaban sentados los dos y habían agotado todos los temas. En una jaula, una especie de pájaro exótico separaba granos con su pico. De repente, sin razón, con un movimiento convulsivo, el pájaro emitió un canto estridente y después se calló. Una llamada oscura a la que nadie había respondido. Pareces estar en el fondo de un pozo, Adam.

—¿Ah, sí?

—Pareces terriblemente deprimido.

—¿Te lo parece?

—Hasta en la forma en que dices «te lo parece».

—Ah.

—¿Te lo parece? —lo imita ella.

—No lo dije así.

—Lo dijiste así.

—Me dices que parezco deprimido, yo te digo: ¿te lo parece?

—No lo has dicho con ese tono.

—No lo dije con ese tono porque me parece alucinante que puedas decirle a alguien a quien no conoces, de esa manera abrupta, que parece que esté en el fondo de un pozo.

—Yo te conozco.

—No, Marie-Thérèse, no me conoces en lo más mínimo.

—Me doy cuenta de que estás mal. Me di cuenta enseguida, ya en el Jardin des Plantes.

¿Con qué derecho juzga mi estado?, piensa él. ¿Con qué derecho califica a gritos mi estado, esta rata que anda cojeando bajo la lluvia con sus bolsas de muestras? ¿Con qué derecho puede decretar que estoy mal, esta sombra que atraviesa el tiempo con una robustez que asquea? No estoy mal, Marie-Thérèse, estoy más que mal, siento una pena indescriptible y no sé de dónde podría venir el consuelo, pero eso tú no puedes saberlo. No puedes imaginártelo, Marie-Thérèse, porque tu energía te delata, y tu coraje te delata. Un ser que puede vivir en este agujero sin ser aniquilado, que puede abrir sus postigos sobre este paisaje vacío sin llorar de amargura, no puede juzgar mi estado. Un ser que puede afrontar la cocina alargada y los electrodomésticos alineados sin sentirse mortalmente abandonado, no puede juzgar mi estado. No tengo ninguna admiración por tu energía, me hace daño. No tengo ninguna admiración por tu buen humor, me consterna y me repugna. Nada en ti me habla, y nada en mí puede hablarte. Y no porque la fatalidad me haya metido hoy en tu Jeep Wrangler puedes pretender la menor complicidad y decirme, con ese descaro, que parece que esté en el fondo de un pozo, y con esa pasmosa autoridad, que te diste cuenta de que estaba mal y que ya lo habías visto en el Jardin des Plantes. No puedes entender nada de mi vida porque tú, Marie-Thérèse, estabas condenada desde el comienzo. Tú aceptaste esta condena y vives con ella. Tú te fundiste en la masa, suavizaste las discrepancias entre el mundo y tú, hiciste ahí tu nido, dices *business*, dices *look* a propósito de lavadoras, dices *me siento realizada*, una mujer que dice *mi business* con esa convicción me resultará siempre una extraña. Formas parte de esa gente que no quiere nada imposible, y que de una manera o de otra han dejado de esperar. Sabios de todos los días, si se quiere. Gente que tiene éxito porque es verdadera y auténtica en un medio donde cualquier espíritu sensible se marchita y se desintegra. No puedo creer que Dios se haya retraído para hacer lugar a una humanidad de tu especie. No hay ninguna igualdad entre tú y yo. No nos parecemos en nada, te prohíbo pensar que podemos ser iguales hasta el punto de que yo me rebaje a hacerte confidencias. Tú ignoras la derrota y el sentimiento del desamparo. No sabes lo que es la soledad. Te levantas sola y no tienes hijos, no has adoptado el modelo universal, pero no experimentas *mi* soledad. Si la experimentaras, no podrías sobrevivir ni dos minutos entre tu madriguera de Viry y la instalación de tus pequeñas tiendas en parques de atracciones. A mi soledad la llevo pegada, nunca me deshago de ella. Ya esté rodeado de gente, ya esté con Irène, con los niños, en esa vida de familia que me mata, donde el hombre no hace otra cosa que envilecerse y malvender lo que es, ya esté en sociedad o conmigo mismo, el sentimiento de la soledad no me abandona. Es él quien reina sobre mi vida. Si hubiese reinado sobre la tuya, Marie-Thérèse, yacerías en el fondo del lago, porque no podrías soportar abrir tus postigos sobre esta agua muerta y esos gritos lejanos. En el Jeep, en cierto momento, dijiste que *todavía no tenemos ni cincuenta años*, dijiste *tenemos* como si fuésemos de la misma camada tú y yo, como si nuestra absurda promoción en el colegio hubiese tenido un

sentido. Marie-Thérèse, apenas te recuerdo en el colegio, eras el ser invisible por excelencia. Por compasión he fingido, cuando te acercaste con tus muestras y tu paraguas, que retomaba un hilo inexistente. Cuando dijiste *tenemos* en el Wrangler comprendí mi error, comprendí que tú no considerabas como un inmenso honor que yo me sentara a tu lado, y como un inmenso honor que haya podido aceptar tu impensable invitación. Ahora me entero de que no era solo tu igual, sino tu protegido. Te rompí el corazón, calvo y solo en mi banco mojado, y me embarcaste en tu 4 × 4 igual que la gente haría con los animales del zoológico si pudieran sacarlos de sus jaulas. Uno nunca desconfía lo bastante de la gente de tu clase, la gente supuestamente inofensiva que lo reduce a uno a una sola frase. Gente que lo enfrenta a uno consigo mismo de la peor manera, sin que les hayan pedido nada, sin que les hayan concedido el privilegio de la menor familiaridad, y que se aprovechan de la debilidad de uno para demolerlo. Marie-Thérèse, he conservado el sueño ingenuo de convertirme en escritor, es decir, un hombre que intenta salvarse de sí mismo. Un hombre que, para conservar un poco de impulso hacia el futuro, se esfuerza en cambiar su propia existencia por la existencia de las palabras. No quiero oír que *estoy mal*, Marie-Thérèse, viniendo de ti esos términos son abyectos de tan insignificantes. Mi pelo encanece, mis dientes se ponen amarillos y mis manos se encogen. Te prohíbo señalarlo. Pierdo la vista. Te prohíbo señalarlo. Aunque agonice y me muera, te prohíbo señalar que agonizo y me muero, no tienes derecho a señalar nada que tenga que ver conmigo, no puedes entender nada de lo que soy, has aceptado vivir siendo Marie-Thérèse Lyoc, has aceptado formar parte de la plebe humana, no pertenecemos a la misma casta, te prohíbo señalar mi derrumbe.

Se levanta brutalmente y dice: Marie-Thérèse, tengo que volver. Ella dice: ¿ya? Él responde: no puedo quedarme más. Ella le pregunta si está separado de su mujer. Él responde que no está separado de su mujer, ¿por qué habría de estarlo?, y reclama con urgencia un taxi. Marie-Thérèse dice: son raros, sabes, los hombres que están libres a última hora de la noche. Y más raros todavía, tiene ganas de responder él, los hombres capaces de enterrarse vivos a grandes paladas de tierra. ¿Tienes algún número aquí?, dice él.

—Te voy a llevar.

—No vas a ir y volver. Llama a un taxi.

—Te va a costar una fortuna.

—No pasa nada.

—¿Qué tienes en los ojos?

—Nada.

—Te pones todo el tiempo la mano delante del ojo.

—No es nada.

—¿Qué es?

—¡Una mota de polvo, Marie-Thérèse! ¡Se me pasará!

—No te enfades. ¿Por qué gritas?

—Llama, por favor.

Marie-Thérèse vuelve a la habitación que está al final del pasillo. Por un momento él no oye nada. El ruido de la nevera, las llamadas de los pájaros en oleadas, algunas suaves como cuerdas pellizcadas, voces de niebla, piensa. Mira la flor en su maceta sobre la mesa de centro. Advierte también, más cercano e imperceptible, el crepitar del cirio. Mira sus zapatos, todavía húmedos por la lluvia, la parte inferior de las perneras también. Tengo que volver, piensa. Marie-Thérèse vuelve con un pequeño cuadernillo del distrito. Voy a probar con las estaciones, dice. Llamo a la de tren, dice mientras marca un número. Se oye sonar una campanilla al otro lado. Una

campanilla que enseguida se vuelve inútil, piensa él, ¿quién podría estar esperando en la centralita de la estación, en la noche de Viry-Châtillon? Marie-Thérèse cuelga. A la del mercado, no vale la pena ni intentarlo, dice mientras marca otro número. En el receptor otra vez suena largamente el timbre, sin respuesta. Marie-Thérèse mira un horizonte opaco detrás del ventanal que da al lago. Después renuncia. Pruebo con una empresa de Juvisy, dice, si no habrá que llamar a los Taxis Bleus. Sobre la mesa de centro, al lado del cenicero en forma de trébol donde la ceniza negra se ha aplanado, está la bandeja con los vasos vacíos de Guignolet y el platito de galletas Tus. También está el vaso de agua y el sobrecito abierto de Veinamitol. Hola, buenas noches, grita de pronto Marie-Thérèse, número 2 de la Rue Claude Debussy en Viry. Viry-Châtillon, repite, levantando el tono un poco más. Al otro lado Adam percibe una voz de mujer. A París, grita Marie-Thérèse. ¿Un Xantia?, grita, de acuerdo, gracias. Un Xantia gris en quince minutos, dice ella, volviendo a colocar en su lugar el aparato. Un cuarto de hora más, piensa Adam. Ha colgado. Están de pie. Ella termina por decir: podemos sentarnos unos minutos más. Lo dice como una pregunta, no se atreve a tomar la decisión. Así que se quedan de pie, porque aunque él quisiera otorgarle ese pequeño favor, sus rodillas se niegan a flexionarse y el cuerpo a volver al sillón. Una vuelta al sillón, piensa él, incompatible con su voluntad de sufrir, de exhibir su deseo de huir y la urgencia superior de su verdadera vida. Por otra parte, piensa, ¿me voy a quedar de pie un cuarto de hora? Esté yo sentado o de pie, hay que temer una expansión del tiempo. Que nunca se expande en los momentos felices, recuerda. ¿En qué pozo del ser he caído para que me preocupe estar sentado o de pie? Se sienta en el borde del sillón, una posición incómoda, y también despreciable, observa. Toma la foto de clase, como si tomara un prospecto en una sala de espera, un gesto último de aburrimiento, piensa en el verso de Borges «el tenue ayer de las fotografías». Alice Canella está borrosa. Hervé Cohen y Tristan Mateo están borrosos. Demonpion, Serge Gautheron, Lyoc y Haberberg, y los otros cuyo nombre ignora, los rostros contemplados unos minutos atrás, por así decirlo, se han borrado. Levanta la mano. Como lo obsesiona mirar con el ojo malo, levanta enseguida la mano, pero se detiene por el camino y se contenta con parpadear, ya que Marie-Thérèse se fija en todo, esa carroñera, está al acecho del desastre, él odia su solicitud viscosa, la gente que se mete con la salud de uno es gente malintencionada, gente que lo instala a uno en la enfermedad y que está a la espera de un accidente grave. Asi que parpadea. Y no ve nada. Una masa gris indistinta. Pero tú nunca has sabido parpadear, se dice, siempre te desfiguras cuando parpadeas y siempre has visto borroso. Se tapa el ojo bueno con la palma de la mano. Las caras no aparecen. Con el corazón palpitando con fuerza, acerca la vela a la foto y no saca más que una impresión vagamente tempestuosa. Estoy ciego, piensa. Se tapa el ojo malo. Las caras recuperan su nebulosa evidencia. Tiene usted suerte, había dicho el oftalmólogo, el accidente vascular podría haberse producido en cualquier otra parte, incluido el cerebro, la trombosis podría haber afectado a un órgano vital. ¿Tenemos la misma concepción de lo *vital*, doctor? ¿Se puede siquiera discutir con gente que no considera la pérdida de un ojo como una pérdida *vital*? Y no me diga que solo he perdido un ojo, que no he perdido la vista. Quien ha perdido un ojo, doctor, sabe que puede perder el otro, que lo que ha atacado al primero puede atacar al segundo, con más razón en un sujeto afectado por una anomalía genética, un ojo solo que contempla medio mundo es más vulnerable, de hecho ya está amenazado por el glaucoma, Dios mío, el glaucoma, piensa, qué palabra horrible también, y si voy esta noche a hacerme la prueba de campo visual de urgencia en los Quinze-Vingts, por qué esperar tres semanas, estos médicos no tienen sentido del tiempo, cuándo comprenderán que la ansiedad agrava el mal, que la espera es homicida, esperar me mata, doctor, hablo con

conocimiento de causa, he pegado mi cara al vidrio, como lo hacía de verdad en la época de mi juventud cuando vivía en Boulogne delante del Sena, miraba el río y las barcas, veía pasar la vida detrás, a mis años se los ha tragado el vacío. Al lado de Demonpion, en la foto, reconoce la figura indecisa e hinchada de Nana Sitruk. Qué ha sido de Nana Sitruk, que ni siquiera aprobó el examen de bachillerato, se acuerda, un ama de casa, una madre, una funcionaría de correos, Nana Sitruk, disuelta como los demás en la existencia, uno no llega a ser nada, piensa, uno jamás llega a ser nada. Un día, quién sabe, en un cementerio judío cualquiera, se podrá ver en un mismo pasaje los nombres grabados de Nana Sitruk y de Adam Haberberg, se dice, palabras traducidas de la noche, muescas monótonas en la piedra bajo un mismo cielo. Un día el mayor, al volver de las vacaciones, le había dicho a Irène: ya me dirás, mamá, cómo hacer para que la gente te eche tanto de menos. A mí no me echa de menos nadie, salvo tú y papá. Él también, en otra época, iba de campamentos. No le gustaban los campamentos pero le gustaba la montaña. ¿Le había gustado al mayor la montaña? ¿Le habían gustado los senderos, las raíces entremezcladas, los miles de agujas de pino? ¿Te gustaron los senderos que doblan hacia no se sabe dónde, los senderos que suben y vuelven a bajar no se sabe dónde? Hoy cuando llegue te despertaré y te preguntaré cómo corres por los caminos de espinas. Quiero ver a los niños, quiero volver. Quiero ver a Irène, hacerme una bola, acurrucarme como un perro, las patas dobladas por debajo de los miembros, estoy cansado, estoy cansado de desmoronarme, tengo miedo. Abrázame, Irène, no comprendo lo que me pasa. Marie-Thérèse se ha sentado en el sofá. Ha encendido otro cigarrillo y dice: ¿quieres mis gafas? Me escruta, observa el menor de mis gestos, esta gente que no tiene ninguna vida propia diseca a los otros, qué quiere que haga yo con sus gafas.

—¡Dame, dame tus gafas! —digo, y le tiendo por encima de la mesa un desesperado brazo de crustáceo.

Las gafas de Marie-Thérèse corrigen el mundo por un instante y enseguida le dan ganas de vomitar. Adam se levanta. Tengo que tomar el aire, voy a esperar afuera. En la entrada se pone su gabardina, palpa todos sus bolsillos. Ya tiene un pie en el portal cuando ella dice: me ha gustado volver a verte.

Él corre por la fría escalera de cemento. Baja los escalones, pasa por delante de los buzones, que puede leer fácilmente, según advierte mientras empuja la puerta de vidrio. Lo primero que ve afuera es el restaurante blanco. Un poco borroso por la bruma también, pero él no cree que sea la bruma de sus ojos, es la verdadera bruma del tiempo. Ya no hay ni letrero verde ni más luz alrededor, salvo la de las farolas. Saca el móvil y llama a Albert. Lo oye sonar y luego sale el contestador automático. Dice: Saint-Vaast-laHougue. Y corta. Avanza al azar hacia el parking. Oye a lo lejos algunos rumores de coches. Ninguno se acerca. Avanza al azar hacia el lago. Dónde están los pájaros, piensa, caminando todavía hacia la extensión negra. Atraviesa el camino del domingo, es el nombre que le da, y casi se cae al trepar al parapeto inútil. Sigue la pendiente de hierba que se hunde en el agua. En el aire, ¿será la noche o la niebla?, flota un olor a sotobosque, un olor a tierra húmeda y a nenúfar. Piensa en los nenúfares que recorren los torrentes, en los árboles caídos, nadie sabe por qué, arrancados por el viento o fulminados. Piensa en los nenúfares que crecen entre las ramas muertas, las incontables ramitas muertas y ásperas. Se acuerda del animal solitario de los bosques de Asia. Un día iré a los bosques montañosos de Asia, piensa. Y después los distingue. Confinados cerca de una orilla, apretados unos contra otros, durmiendo tal vez, los patos, los cisnes, y otras clases de pájaros quizá, él no entiende de esas cosas. Adam avanza. Y después, sea a causa de sus ojos, de la noche o de la niebla, no ve más que un amontonamiento suave y petrificado.

Cuando el coche llega al parking, Adam no lo oye. Lo que oye es su nombre. Su nombre lanzado por los aires, impúdicamente revelado por doquier, y siente la misma punzada que hace años en Suresnes, cuando su madre gritaba Adam por la ventana. Ese grito revelaba al mismo tiempo su nombre, su ventana, la hora de su baño, de sus deberes, la voz, la cara de su madre, y era el único a quien llamaban así en mitad de un juego, en medio de una cabalgata, e incluso si no era el único, siempre era el primero al que llamaban, lo recuerda, y el único al que llamaban con esa voz demasiado aguda que lo mortificaba. Marie-Thérèse está en su balcón, a medias escondida por la balaustrada de cemento. Le señala el taxi abajo. ¿Cuándo dejará de estar ahí? Baja por el terraplén, cruza el camino del domingo y se encamina directo hacia el Xantia. Dice: Rue Morère, en el 14, por la puerta de Chátillon. La mujer arranca y empieza a dar media vuelta en el parking. Adam mira el taxímetro, la nuca de la mujer, la marioneta que cuelga del retrovisor. Dejan atrás el Jeep Wrangler, ve la noche sobre el lago. Levanta la cabeza. Sobre la terraza vacía que parece inmensa, Marie-Thérèse Lyoc agita la mano como diciendo hasta la vista. Un gesto que él habría podido ignorar, piensa, si no hubiera levantado la mirada, y que no se habría dirigido a nadie. Baja la ventanilla para sacar el brazo, ella no puede verlo adentro, piensa, pero el coche acelera y su propio movimiento dibuja un trazo en el vacío.

Adam apoya la cabeza en el asiento, sus ojos se cierran. El zapato verde ha desaparecido. En su lugar le parece ver, al final de un camino oscuro, una alternancia de casas blancas y negras. Durante varios años, piensa en el Xantia que sube la pendiente camino arriba y gira hacia no se sabe dónele, había jugado al ajedrez con Goncharki. Cada uno se sentía superior al otro. Con el paso del tiempo, Goncharki había adquirido la costumbre de ponerse Blenheim Bouquet de Penhaligon, la colonia de Churchill, antes de cada partida. Un día Adam no pudo más y dijo: me ahogo, no puedo jugar más en estas condiciones. El perfume de un guerrero, había respondido tranquilamente Goncharki, desplazando su torre. El perfume de un tramposo, le respondió Adam. ¿Un tramposo? Sí. Usted se baña con perfume para desconcentrarme. Penoso, había concluido Goncharki tumbando a su rey. Tendré que hablar con Guen de estas visiones sucesivas. ¿Hay que atribuirles un sentido más allá de lo fisiológico? Un zapato y un damero. No me diga, profesor (desde que perdí el ojo izquierdo, solo quiero tratar con usted), que el cuerpo forja imágenes accidentales, no me diga, porque no lo sabe, que debemos al mero azar, cuando bajamos las pupilas, ver un zapato y un damero. El día del funeral de Winston Churchill, el padre de Goncharki, encorvado delante de su radio, siguiendo toda la ceremonia a través de las ondas y frunciendo las cejas al menor ruido, había levantado la cabeza y había dicho: «Dios es menos grande que Churchill». No era tanto la extravagancia de la fórmula lo que había impresionado a Goncharki, que tenía trece años, como la expresión de violenta concentración y también, le había parecido ver, de condena que la acompañaba. Era, había contado, una sentencia en el sentido cósmico. El libro de Goncharki sobre Meyer Lansky comenzaba con estas palabras: «Cae la tarde en el triste apartamento de Florida, sin ninguna vista, con una sola habitación y camas gemelas». A Adam le gustaba esa frase defectuosa que le volvía ahora, no sabía por qué. Qué historia podrías contar, piensa, no tienes historia para contar, además nunca has sabido contar, mucho menos inventar, ni siquiera a tus hijos, te dicen que eres escritor y ni siquiera sabes contar una historia a tus hijos, no, no sabes, no sabes fabricar los acontecimientos, los obstáculos, las bifurcaciones, te sorprendiste a ti mismo con *El Príncipe Negro de Mea-Hor*, pero Blade es inmortal, no se cuenta la historia de un inmortal, o, más exactamente, los inmortales no tienen historia. Creamos peripecias, eso es todo, cualquiera puede hacerlo.

NOTAS

[1] En español en el original.
[2] En español en el original. (*N. del T.*)